

La historia no puede llegar a ser ni un objeto decidible  
ni una totalidad domeñable, precisamente porque está vinculada  
con la responsabilidad, con la fe y con el don.

Jacques Derrida, *Dar la muerte*

Si algo caracteriza a la memoria es cierta "incontinencia".  
Irrumpiendo en los momentos menos esperados,  
cuando el pasado parece solidificarse, ella se cuela,  
sale a borbotones y chorrea hasta anegar la inmaculada solidez.

Silvana Rabinovich, *Memoria por venir*

*El fenómeno fue de tal magnitud que se estima que en su momento álgido estaba cubierto de agua el sesenta y dos por ciento de la superficie estatal [...] No hay memoria en México de un desastre que haya comprometido una proporción tan grande de la economía local.*

Comisión Económica Para América Latina y el Caribe (CEPAL).<sup>1</sup>

*A finales de octubre de 2007 se registraron en Tabasco lluvias extraordinarias que representaron más del ochenta y dos por ciento del promedio normal. En tan sólo veinticuatro horas llovió cinco veces lo registrado en el nivel histórico de pluviosidad en octubre. Esto provocó no sólo la creciente más significativa de los ríos en los últimos cincuenta años, sino también la inundación más catastrófica en la historia moderna del estado de Tabasco y que causó más de un millón de damnificados.*

*De acuerdo con el reporte dado a conocer por la Comisión Nacional del Agua (Conagua), la gran inundación comenzó a partir del 28 de octubre y duró hasta el 27 de noviembre de 2007. Fue el municipio de Centro, donde se encuentra la capital del estado, el que registró el ochenta por ciento de los daños totales por el desbordamiento de los ríos.*

*Esta impresionante cantidad de agua se debió a la combinación de diferentes factores. En particular al arribo del frente frío número 4, localizado sobre Chiapas y Tabasco, y a la tormenta tropical Noel, en el Mar Caribe, lo que en conjunto generó lluvias torrenciales que cayeron en gran parte de la zona del Alto Grijalva, en el Norte de Chiapas, donde llovió por setenta y dos horas con acumulados de 400 milímetros.*

*Esto significa que en tres días llovió el noventa y cuatro por ciento del promedio de lo que llueve normalmente en el mes de octubre en esa zona, situación que llevó al vaso de la presa Peñitas a ubicarse por arriba de su nivel máximo histórico y obligó entonces a la Comisión Federal de Electricidad (CFE) a desfogar con urgencia más de 1500 metros cúbicos de agua por segundo.*

*Al desfogue de la presa Peñitas se sumaron las intensas lluvias y el “tapón” generado por las olas del Golfo de México, que en conjunto impidieron que las aguas del río Grijalva descargaran libremente hacia el mar. Por consecuencia la gran cantidad de escurrimientos de la sierra tabasqueña provocó el aumento del nivel del río Grijalva a su paso por la ciudad de Villahermosa. Éste se elevó más*

1 CEPAL, Tabasco: características e impacto socioeconómico de las inundaciones provocadas a finales de octubre y a comienzos de noviembre de 2007 por el frente frío número 4. <http://www.eclac.cl/publicaciones> [Consulta: junio 2008].

16 *de siete metros que, sumados al alto nivel que ya presentaba el río Carrizal, ocasionaron que la madrugada entre el 31 de octubre y el primero de noviembre varias colonias de la capital, incluyendo el Centro Histórico, amanecieran bajo el agua.*

*Según informes de la Dirección General de Protección Civil, los primeros días de la inundación se habían contabilizado más de 200 mil damnificados, pero conforme pasaron las horas y los días el número aumentó hasta representar casi el setenta y cinco por ciento de la población tabasqueña. Para ese entonces ya se habían habilitado más de mil albergues y sin embargo hubo gran cantidad de desplazados que se trasladaron a otros estados de la República, aunque muchos otros, a pesar de todo, no quisieron salir de sus casas.*

*De acuerdo con el informe de daños dado a conocer por la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL), las inundaciones dejaron más de un millón 200 mil damnificados en diez municipios, con un monto económico superior a los 31 mil 871 millones de pesos por concepto de daños materiales y pérdidas. Lo anterior equivale casi al treinta por ciento del Producto Interno Bruto (PIB) del estado de Tabasco, algo equiparable a los daños que en el 2005 sufrieron en su conjunto siete estados del Sur-Sureste de México, provocados por los huracanes Stan y Wilma.*

*Del total de daños y pérdidas, el veintiocho por ciento corresponde al campo; el treinta y tres por ciento al sector de comercios y servicios. Entre los sectores de vivienda, salud, educación y cultura se reporta más del dieciocho por ciento, mientras que las afectaciones a la infraestructura de la ciudad representan el diecisiete por ciento y en cuestiones de actividad en el hogar y el sector del medio ambiente los daños ocupan menos del uno por ciento (...).*

*Christian Solorio, Tabasco Hoy.<sup>2</sup>*

*Tabasco logró tener un plan hidráulico después de las inundaciones de 1999. Lo elaboraron técnicos del Instituto de Ingeniería de la UNAM, de la Comisión Nacional del Agua y de la Comisión Federal de Electricidad. Las partidas presupuestales de la Federación y del gobierno local resultaron insuficientes para levantar los bordos, cárcamos y diques que salvarían Villahermosa.*

*Y aun así, nada hay que la proteja de los 60 mil millones de metros cúbicos de escurrimiento normal en un año que tienen el río Usumacinta y la red fluvial que corre por la planicie tabasqueña, sin presas que los contengan. Se trata de una*

<sup>2</sup> Christian Solorio, "La gran inundación de 2007", *Tabasco Hoy*. <http://www.tabascohoy.com/2/index2.php> [Consulta: martes 28 octubre de 2008].

*cuenca de 38 mil kilómetros cuadrados, una superficie equivalente cuatro veces al valle de México, tan grande y tan húmeda que hay días que llueve intensamente en las montañas y en las partes bajas ni quién se entere. Y viceversa.*

*Tabasco quizá sea el estado con mayor vulnerabilidad del país. Además de su propensión a los accidentes por la explotación petrolera, está el riesgo constante que representan las crecidas de agua.*

*Con un saldo menor de heridos o fallecidos, las inundaciones de Tabasco tuvieron su máxima expresión en el número de damnificados y las viviendas con daños.*

*Alberto Aguirre, El Universal.*<sup>3</sup>

*Hasta este momento no se puede hablar de muertos. Las cadenas internacionales se preguntan: “si la tragedia que ocurrió en días pasados es de la magnitud de lo que ocurrió en Nueva Orleans, ¿por qué no hay muertos en el primer recuento?” Pues porque los tabasqueños estamos acostumbrados a vivir con el agua...*

*Andrés Granier Melo, gobernador de Tabasco.*<sup>4</sup>

3 Alberto Aguirre, “Tabasco, la región más vulnerable”, *El Universal*, 11 de noviembre de 2007.

4 Discurso pronunciado por el gobernador Andrés Granier Melo durante la tercera reunión de evaluación por las inundaciones en Tabasco, publicado en la página web oficial del Gobierno del Estado de Tabasco, [http://www.tabasco.gob.mx/minisitio\\_crono/vernota.php?id=2461](http://www.tabasco.gob.mx/minisitio_crono/vernota.php?id=2461) [Consulta: 4 de noviembre de 2007].

# Pensar lo que tiene lugar hoy

EN 2007 FUI TESTIGO de la gran inundación en Tabasco a la que miraba, expectante, el resto de la República Mexicana y del mundo. Pero no es solamente del rebosamiento de las aguas de lo que quiero dar testimonio. Ante el desborde, el impacto y la interpelación urgente de aquella realidad, después de todas las acciones inmediatas e ineludibles de rescate y salvaguarda, después de la posterior reactivación progresiva de las actividades sociales y económicas de toda índole, aún nos queda pendiente una tarea con la memoria, un quehacer con todo lo dicho, con lo decidido, con lo que fue dado y con lo que aún espera por decirse, decidirse y darse.

Sin duda, por lo ocurrido aquellos días de magna desesperación, y aún ahora en que las inundaciones se reiteran cada vez con más frecuencia en nuestro territorio, se nos hace claro un deseo de apropiarnos de la experiencia, de recibirla precisamente para poder soltarla, de apalabrarla para poder tomar distancia de ella. Nos resulta imperativo, no sin interrogantes de por medio, dialogar entre nosotros, elaborar un recuento de los significados múltiples de lo que ahí trascendió en la vida de cada uno, más allá del hecho. Los tabasqueños aún tendríamos que contar nuestras historias, aún tendríamos que escucharnos y poder hacernos escuchar.

Durante la devastación y la incertidumbre, en no pocas ocasiones el gobernador declaró con insistencia ante los medios de comunicación que, a

20 pesar de la tragedia, los tabasqueños se encontraban de pie porque sabían desde antaño convivir con el agua: “No hubo muertos porque los tabasqueños tenemos una gran cultura del agua”, decía. Sin embargo sus palabras sonaban irónicamente como una clara denegación, como el discurso demagógico que ante una sórdida evidencia trataba de enmascarar lo inocultable. Como si repetir incesantemente la ausencia de muertes en la inundación la hiciera cierta.

Pero, ¿quiénes son los tabasqueños?, ¿quiénes son los aludidos tantas veces en los discursos? Más allá de conceptualizaciones categoriales, los tabasqueños tienen la potestad del testimonio, y son aquellos precisamente en quienes surge el deseo de pronunciar, desde la experiencia propia, el sentido que tuvo la gran inundación para cada uno. Sería un desatino atender únicamente a la palabra de los expertos en desastres naturales, o a la palabra de los científicos, la de los gobernantes, los políticos, los religiosos, o la de los que han nacido en Tabasco, o inclusive la de quienes padecieron las anegaciones más dramáticas. Lo cierto es que respecto a los que vivimos aquí o mantenemos de algún modo un lazo histórico, emocional o moral con esta tierra y con esta agua, la inundación es la vivencia que nos hace participar del deseo de hablar desde una íntima exterioridad, y querer transmitir a otros nuestras experiencias, y pensar juntos, actuar para el porvenir; sin embargo no hay sólo deseo de eso pues, en otros momentos y circunstancias, para muchos también se afianza el deseo de callar u olvidar lo acontecido.

Sin duda, el deseo de brindar nuestra escucha y recepción a la palabra testimonial es lo que nos enlaza por encima de las categorías gentilicias, laborales, ideológicas, económicas, de edad o de género, de adscripciones o de religión. Ahí, en la singularidad de la narración de las expectativas y explicaciones que cada uno se da a sí mismo, inevitablemente aparece el resquicio de los saberes por donde se cuele la verdad, si bien hay algo del orden de lo imposible en el acontecimiento de un testimonio, justo ahí donde no se puede decirlo todo, puesto que dar testimonio es mostrar la falta de omnisciencia y de omnipotencia que devela el agujero en las explicaciones totales, el punto ciego, el *no-todo*.

A pesar de esa imposibilidad, o precisamente en virtud de ella, hay algo que nos convoca a decir sobre la memoria, decidir, *dar*. Algo que amerita cierto apalabramiento, un gesto de transmisión de la experiencia que se

efectúa acaso como un don. Y esto sucede, incluso, o con más fuerza, si el intento de hablar o de saber sobre lo vivido se quiere disolver en la negación del recuerdo. Vale la pena decir que lo que vivimos en Tabasco a partir de octubre de 2007 efectivamente ocurrió y que, en muchos sentidos, sigue ocurriendo aún. Sin embargo, pese a las apariencias, lo que responde a *eso que ocurrió* no podemos darlo de antemano por trágicamente claro o por claramente trágico.

En lo que en aquellos días fue llamado “la contingencia” era común escuchar enunciaciones y cuestionamientos plurales siempre dirigidos a lo colectivo. Notablemente, entre los apuros de la evacuación, el rescate, el éxodo y el refugio, se hablaba de “todos”, y en el bullicio resonaba insistentemente todo el tiempo la voz de la primera persona del plural: “nosotros”. No había uno que no pensara en otro que también se encontraba al filo de la muerte, de la incertidumbre y la incredulidad. La entidad individual se diluía en la procuración de la vida de los demás en tanto que cada uno se emplazaba a pensar sobre los otros, con los otros... Y, al mismo tiempo, no, no todos lo vivimos igual. Entonces, ¿qué sentido tendría unificar las diversas historias pretendiendo enmarcarlas en una sola realidad? ¿Qué sentido tiene hablar de “los tabasqueños” como una gran categoría dada y válida por igual para todos? Ninguno.

Ciertamente las palabras que circulaban en medio de la urgencia no se podrían inscribir en el dictado de uno solo, o bajo un único nombre propio, pues la concurrencia dislocaba la capacidad racional de un solo ego y hacía emerger, en cambio, la magnitud y diversidad de los lazos que suelen conformar la historia de cada quien, las vidas, una por una, cada una.

En la imprevisión, durante aquellos días de informaciones constantes e incertidumbre, los rumores se alzaban también como otra mayúscula *A-negación* que, incluso en los comunicados del gobierno, se señalaba como un perjuicio mayor que el propio acontecimiento de las dramáticas inundaciones y los desplazamientos. Una negación que abundaba: estupor, desconfianza. Más que todas las pérdidas materiales y los desastres, las palabras que pasaban de boca en boca con acelerada sensación de inquietud se estaban convirtiendo en un torrente furioso que arrasaba con la tranquilidad.

De pronto perdimos el parámetro de lo posible puesto que, ante la creciente desazón y sorpresa por las proporciones extraordinarias que cobró el

22 desbordamiento de los ríos, y la rapidez con que ocurrió, ninguna mención —aun “informal”— parecía demasiado absurda. Sin embargo, no era extraño observar que al mismo tiempo pululaba en la percepción general de la gente una magna incredulidad y resistencia a constatar lo que se estaba viviendo.

Por un lado, el dispositivo generador de las informaciones, avisos y comunicados oficiales se vio rebasado por la incertidumbre y la generación incontenible de los rumores, lo cual es una revelación de la gran desconfianza hacia el decir de las autoridades o de la desacostumbrada capacidad de atender con prontitud y oportunidad los avisos urgentes. Por otra parte, la respuesta un tanto lerda o suspicaz ante la realidad evidente y desbordada del acontecimiento se mostró como un particular estupor ante el cual parecía que el mecanismo defensivo era la duda instalada férreamente. Pero las rutinas de la vida cotidiana se suspendieron de pronto y sin más. Todas las murallas de contención se vencieron. Finalmente, a pesar de las vacilaciones o las esperanzas, el agua irrumpió con toda su fuerza, sin tregua.

Las voces rumorosas se agitaban y especialmente hablaban de que seguramente habría muchas personas ahogadas, aunque por todos los canales de comunicación masiva el gobierno lo negaba insistentemente. Pero mientras mayor era la negación, más alto sonaban las murmuraciones. Un clamor inquietante soltaba la presa de los decires, sin control y sin atisbo de alguna confirmación posible.

Abandonadas por completo al estado intermitente, entre la *realidad* y la experiencia subjetiva, las palabras circularon como un contagio virulento, al mismo tiempo en que un cierto silencio se instalaba con suspenso interior, como un agujero sin relleno posible: una falta de dilucidación en medio de todas las solicitudes y explicaciones que sí había... aunque desbordadas también.

Tal vez el estado de excepción que vivimos aquellos días podría aparentar tener la forma de un dispositivo parecido al de los vasos comunicantes: un circuito de transmisión de la experiencia en el que las aguas se estancarían en el mismo nivel, independientemente de la figura o el tamaño del contenedor. Como si todos pudiésemos tener la misma idea y percepción del acontecimiento, enfocados únicamente en las proporciones materiales de la devastación. Algo que se pudiera expresar más o menos así: “para to-



dos la inundación fue lo mismo, significó lo mismo, todos perdimos, todos fuimos afectados, todos nos comunicamos las expectativas con la misma medida y sobriedad ante los hechos, ninguno puede llorar más que otro sino en proporción al nivel que tomaron las aguas dentro de sus casas...”

Sin embargo, no es del agua de lo que se trata solamente, pues no es cuestión sólo de lo que en realidad pasó, sino justo de la experiencia construida en el plano imaginario: ¿qué pasó? Cada quien tendría una respuesta a esa pregunta desde sus particulares inclinaciones, fantasías, experiencias pasadas, temores y deseos. En este sentido carece de todo valor intentar denostar o cuestionar lo subjetivo como algo “interior”, “personal e intrascendente” en relación con “lo exterior”, “objetivo, abundante y evidente”. Después de todo, nuestras formas de pensar y de sentir también son nuestra realidad.

Y a pesar de la magnitud de “la gran tragedia” que difundían los medios masivos de información, señalando acuciosamente los reportes, las estadísticas y la conmoción, construyendo viñetas dramáticas de la gente que sufría los desplazamientos y la desazón por las pérdidas, en medio del derramamiento de imágenes, sonidos y explicaciones, algo quedaba precisamente invisible, inaudible, incomprensible o inconfesable: algo del orden de la verdad. Quizá tiene que ver con el murmullo de las historias de la vida diaria que salían a flote mostrando sus particularidades sin poder ser resumidas por una sola voz o un solo dictado megafónico. Antes de la gran catástrofe presentada con urgencia por los medios masivos, existían las múltiples pequeñas catástrofes de la vida cotidiana, las pérdidas de las propiedades que no son solamente materiales...

Después de todo, frente a lo perdido, frente a lo que ya no está más, cada uno de nosotros sólo puede responder desde su falta, desde sus propios significados y expresiones en tanto que somos sujetos del lenguaje, es decir, somos sujetos de la diferencia, del significante que se remite a otro incesantemente. Y esto implica que cada uno de nosotros puede donar un testimonio singular e irrepetible.

En algún fondo, como residual o como resto, la comunicación de la experiencia queda siempre como un encargo social inquietante para la memoria, como don de las generaciones y como la posibilidad de pasar del estupor a otra cosa. La transmisión de una experiencia nunca deja de efectuarse, aunque ciertamente haya distintos modos en que se puede producir

24 esa comunicación de un sujeto a otro, o de una generación a otra, por la vía de la palabra, por la vía del ritual simbólico, por la vía del acto, o aun en el silencio mismo, los modos de transmisión no ocurren sin consecuencias: definen el tejido de los lazos sociales, son constitutivos de la manera de ser y estar en el mundo.

Aventurando algunas observaciones sucintas y *grosso modo* podríamos distinguir algunas de esas maneras especialmente discursivas sobre lo que fue la experiencia de aquellos días en Tabasco.

En los albergues, por ejemplo, se rumoraba con insistencia que la inundación era un designio divino, y que se trataba de la señal del *fin del mundo*. No faltaba quien opinaba que las zonas más afectadas eran las de “mayor pecado”. Esta manera de asumir los acontecimientos no daba espacio para la duda o la suspicacia acerca de una posible responsabilidad humana. Simplemente se decían unos a otros que no había nada que hacer, no reconocían la manera de salir de aquello sino apelando al arrepentimiento y la conversión espiritual. La catástrofe estaba más allá de las fuerzas y del entendimiento, se trataba de un designio divino.

En los discursos políticos o gubernamentales, por otra parte, la tragedia era el resultado de los extraordinarios fenómenos naturales que impactaban a la entidad. De esta manera se asignaba toda la culpa a la naturaleza, al *cambio climático*. Y en este sentido no había más que transmitir instrucciones de sobrevivencia, implementar mecanismos y modelos de atención y control.

Los medios masivos de comunicación alarmaban a las poblaciones de otros estados de México, y de otros países, pidiendo ayuda y socorro con víveres, alimentos, ropa y medicinas para los desamparados, damnificados de Tabasco que sufrían “esa gran tragedia”. Los canales de televisión transmitían imágenes desoladoras, inauditas, entrevistaban a gente llorando y alentaban las donaciones de dinero y en especie explotando el sentimentalismo y el drama. En múltiples ocasiones no podía dejar de notarse el montaje espectacular de la tragedia.

De modo contrastante, no faltaron las manifestaciones de protesta que exigían la restauración del daño atribuyendo responsabilidad a las autoridades, interponiendo demandas, como búsqueda de razones y de restitución ante lo acontecido. Aunque sus voces eran las menos.

En las investigaciones científicas, los expertos buscaban explicaciones más bien racionales y causales. Sus metodologías se aplicaban al registro y el archivo, a la cuantificación y la estadística, a la memoria gráfica, al recuento objetivo, secuencial, fáctico: en todo ello se perfilaba una urgencia por proponer medidas preventivas y al mismo tiempo domeñar los fenómenos y a las poblaciones que padecen las catástrofes. Es en ese discurso de la ciencia y la academia donde surgía el apremio por la comprensión total, racional, máxima, de lo acontecido; donde el orden de los valores era mayormente matemático o histórico.

En otro sentido, las comunicaciones de la experiencia se proyectaban por medio de manifestaciones artísticas, o simbólicas, donde lo importante no era tanto la comprensión como la expresión del sentimiento que buscaba trascender a una memoria colectiva e histórica comunitaria, identitaria. En ocasiones se trataba acaso de intentos de mostrar la belleza justo en el horror, de elaborar nuevos símbolos para representarnos eso inaccesible y monstruoso de la realidad en tanto que inexplicable.

De todas esas formas de darnos explicaciones para comunicarlas a los otros, es interesante considerar cómo puede darse la transmisión aun en el ejercicio de la propia censura, consciente o no, con todos sus matices. Y esa censura puede transitar en el silencio como una cancelación de la palabra en primera persona, en el acto de no querer pensar o saber de ello. Como una renegación o intención de olvido. Pero en efecto, ahí también se efectúa un pasaje de la experiencia que funciona precisamente desde lo que no se sabe y sin embargo se dice con el actuar, como un síntoma. Tal vez una de sus formas es precisamente el rumor, que como manifestación colectiva de lo ominoso tiende a instalarse en la dispersión de nombres y comunicaciones que se remiten siempre desde “alguien”, un conocido de un desconocido cuyo decir se convierte en un saber que las mayorías suscriben.

De entre todas estas manifestaciones discursivas, fuera de la religión, el Estado, los medios masivos, la ciencia o el arte, gracias a la invención freudiana, y a partir de la relectura de Lacan, podemos pensar que hay una manera distinta posible de la transmisión donde se juega una singular posición de hablante que implica la enunciación de la experiencia desde un lugar otro: como una donación en tanto entrega confesional que guarda siempre la posibilidad de reescritura. Y se trata quizá todo el tiempo de un texto, de

26 un decir que se produce en el vencimiento de las propias dilaciones para mirar dentro de uno mismo la huella de lo acontecido, y expresarlo al oído, o a la lectura de otro que pueda suspender un poco su necesidad de entender. Se trata de expresarse ante otro, u otros, que puedan poner en paréntesis su indiferencia o erudición, al caso ambas estorban. Hablar desde la imposibilidad de hablar es la experiencia de mostrar la huella, el trazo, el resto, lo residual, con todo lo que implique su innegable falla y la contingencia de poder ser recibido: el testimonio.

Mi cuestionamiento respecto a lo que vivimos en Tabasco se centraba, pues, en el interés de generar los espacios de recepción para esas voces testimoniales que no habitan por sí solas, sino que se construyen en el deseo, con el ímpetu de leer y escuchar desde el suspenso del rumor, desde el suspenso de la queja o de la racionalización... desde la dificultad de cada uno para comprender. Resulta necesario dar cabida al deseo de compartir la experiencia en el plano de la vida interior, sin anticiparse demasiado pronto a los ejercicios de lectura que parten de parámetros recurrentes, ya sea en el ámbito de las ciencias, las creencias religiosas, la interpretación artística, los dictámenes o las denostaciones políticas, las declaraciones mediáticas e incluso las proposiciones rumorosas. Tales lecturas, precipitadas por el modo discursivo en el que cada uno de nosotros se encuentra inscrito por su historia, sus costumbres y tradiciones para comprender la realidad, se remiten generalmente a nociones causales en el intento de explicarlo todo. Interpretaciones que de algún modo redundan en categorías tales como el rezago social, la corrupción, el cambio climático, el trauma psicológico, el fin del mundo, la conspiración, el mensaje divino, la perversión de la estructura socioeconómica o el inminente cumplimiento de las profecías...

Más allá de una ambición que abarque todas las explicaciones, me parecía necesario pronunciar el texto suspendido o desplazado por la urgencia de la catástrofe. Por eso decidí realizar este proyecto buceando en la exterioridad de las explicaciones y cuestionando la intimidad del acontecimiento, que, tal como en la banda de Moebius se constata, con un pequeño giro se muestra que son una y la misma cosa.

Según los reportes informativos, más de la mitad de la población del estado de Tabasco podría responder en la categoría de “damnificado” pero, en consonancia con la propuesta de pensar lo que significó la inundación

fuera de los esquemas de lo evidente, intentaba abrir el diálogo sobre la experiencia y su reflexión en el plano testimonial, sin necesidad de muestreos estadísticos ni de comprobaciones fácticas del daño o de lo relatado. Se trata, pues, de reconocer el lugar a la palabra de uno por uno, singularmente.

Fue así como, a mediados de 2008, cuando inicié las entrevistas con distintas personas que desde diferentes lugares y responsabilidades habían vivido de alguna forma la inundación en Tabasco, en principio creí que las narraciones tendrían la perspectiva del pasado, pero estaba equivocada. Ése sería uno de los tantos afortunados reveses que sufrirían mis prejuicios durante la construcción del proyecto. Muchas personas apenas retornaban a sus casas y la historia no se había establecido como recuerdo, pues aún era demasiado presente e inquietante en lo real y en lo inmediato de la vida cotidiana.

Inclusive días después de nuestros encuentros hubo una nueva evacuación masiva y otra gran inundación en el Sur del estado. En 2009 volvió a haber grandes afectaciones pero en la zona de la Chontalpa, y también en 2010. De manera que nada ha pasado todavía: nos encontramos ante un signo para leer en Tabasco, tanto de la realidad evidente como de la conmoción subjetiva, y esta última en ocasiones es mucho más imponente y apremiante.

En las entrevistas que ahora presento, y en todas las demás que aún no he publicado, solía surgir como eco incesante la frase: “El agua tiene memoria”, y resonaba con el tono de una constatación que evocaba un imperativo: nosotros también deberíamos tener memoria del agua, recordar su paso, avisarle a los que vendrán.

Pude ser testigo del vivo deseo en muchas personas de contar su experiencia, aunque tengo la impresión de que en no en pocas ocasiones era un deseo justamente ahogado, un decir que esperaba ser requerido, escuchado por alguien. Y todos los entrevistados sin excepción me remitían a otros a los que consideraban haber sufrido más intensamente el acontecimiento: “hay otro que lo vive peor que yo”, me decían, y yo pensaba en los vasos comunicantes, en el sentido de que algo de lo que pasó ahí nos tocó a todos: cada uno de los testimonios nos remite a los otros, a nosotros.

Respecto a la muerte, si bien se le niega en el discurso oficial del gobierno, cuando se pretende que la razón por la que no hubo fallecimientos durante la gran inundación es “la gran cultura del agua que por tradición tienen los tabasqueños”, se subraya para nosotros, con más fuerza, la ineludible responsabilidad de la transmisión de la historia entre las generaciones. La responsabilidad de la historia, y la historia como responsabilidad, como un encargo que hoy menos que nunca podemos circunscribir únicamente a la versión de los medios masivos, de la ciencia o de los gobiernos...

La insistencia de los rumores sobre los muertos y sobre la posibilidad de la desaparición inminente del estado de Tabasco figuraba como un señuelo del residuo que no se dejaba significar por completo en los discursos oficiales y circulaba como esa otra inundación que no encuentra desfogue, o mejor dicho, que no encuentra cauce, dado que rebosa en todo y no desemboca en ninguna parte. La existencia, la vida toda, se percibía amenazada.

Por ello, si la transmisión de la vida y de la muerte se genera en la vida familiar, en la comunicación de la intimidad de nuestros pensamientos y vivencias, y aún de nuestros silencios, había que escuchar entonces la singularidad fuera de todos los intentos de unificación informativa. Las reflexiones íntimas esperaban desahogo, y algunas exigen duelo todavía... Siempre y de cualquier modo la vida se configura en nuestros anhelos y temores.

Por ello mi intención era dar cuenta de la posibilidad de tejer pasajes del rumor hacia el testimonio, lazos y reflexiones afinadas en la voz propia, al mismo tiempo reconociendo la voz del otro. Se trata de suscribir el encargo de la memoria y de la transmisión acaso como donación, como entrega de algo que no se sabe, a quien no se conoce, y sin saber muy bien para qué. Algo de la transmisión cuyo propósito no puede ser del todo previsto ni domeñado. Es un encargo no como tarea académica, moral y ni siquiera política, sino quizá simplemente como un quehacer que se recibe y se relanza en una apuesta por la escucha de las singularidades, de atención del clamor, de la intimidad expuesta.

Es cierto que durante el desarrollo de este proyecto, que consistió en una serie de encuentros que dejaban discurrir el relato de cada uno, no dejé de escuchar también la dificultad de expresar lo vivido como un agujero difícil de enunciarse, resistente a la palabra, doloroso. Y estaba ahí a veces

un sospechoso pudor que se encumbraba sobre la posibilidad de decir y decidir respecto de lo vivido: “¿Qué sentido tiene hablar si no hay nada que se pueda hacer?”, me decían no pocos. Frente a esta pregunta creo que hay que asumir el riesgo, quizá precisamente como contingencia de lo posible por venir. Descubriendo que cada uno tiene una historia que contar es posible generar una escucha especial que, con una suspensión del pretencioso último sentido anhelado, por un momento puede relanzar resignificaciones y posibilidades sorprendentes frente a la historia. En ello encontré que mi tarea era simplemente escuchar y apuntar, transmitir por la escritura lo que estaba ahí dado de antemano para ser leído, justo en ese espacio donde cabe una interrogación sobre lo tabasqueño, lo trágico y el porvenir.

Aquí los testimonios.

# Quería salir del agua por mi hijo

**VOLTEO A VER POR TODOS LADOS** y me pongo a pensar muchas cosas que no entiendo. No sé cómo salimos del agua, la verdad no me explico, no hallo la palabra para decirlo... Son los días más terribles de mi vida... ¡Nada más de recordarlo!

Estaba recién aliviada de mi hijo cuando vino la inundación. Hoy precisamente es su cumpleaños, pero en ese entonces apenas tenía un mes y medio de nacido... tiernito, el primogénito, estábamos disfrutándolo mucho; pero después de lo que pasó ya no me quedaron ganas de tener otro bebé porque en otra inundación ya no podría con los dos, así ya no...

Esos días fueron los peores porque como madre me hicieron pensar cómo iba a sacar a mi hijo de semejante desgracia. Al principio lo llevaba en su portabebé, pero como me estaba hundiendo porque el agua pronto me llegó a la cintura, mi esposo lo sacó y lo alzó todo lo que pudo sobre sus manos para que pudiéramos avanzar caminando en medio de la corriente. ¡Pero de la laguna nos salió un lagarto! Yo me di cuenta y se lo señalé a mi esposo, se le veían los ojitos brillando y venía hacia nosotros. ¡Hubiera usted visto! Aunque no sé nadar en un momento aprendí, ¡venía que volaba! Y es que había partes donde el agua nos daba hasta el pecho y así traíamos al bebé... Era algo que no le deseo ni a mi peor enemigo, se lo juro.



Mis suegros, que venían con el abuelo detrás de nosotros, se estaban ahogando. Entonces mi esposo me dio al niño para ir a rescatarlos pero él también se resbaló, ¿se imagina usted lo que es la desesperación tremenda de querer ayudar? Si los auxiliaba a ellos, no iba a ayudar a mi bebé... ¡Ay, no! La verdad, me dejaron un poco traumada esos días. Nada más de pensar que salí por obra y gracia de Dios, ¡porque por nadie más estamos vivos!

En cuestión de minutos todo se llenó hasta arriba. El agua venía de todos lados; yo me espanté, fue horrible. A donde podía correr ahí estaba el agua, parecíamos ratitas huyendo. Usted hubiera visto cómo venía la multitud de gente desesperada, todos luchando, algunos como nosotros con sus ancianitos. Aunque el abuelo al menos camina, a otros los llevaban a rastras y con la angustia.

Mi prima dice que vio a un muchacho queriendo alcanzar un refrigerador que iba flotando, pero al abrirlo descubrió a unos niños adentro, solitos. Yo creo que con tal de sobrevivir ellos mismos se metieron ahí, pero ¿y si no les hubieran abierto? ¡Se habrían asfixiado de todos modos! Iba a ser más horrible la experiencia...

Tengo el recuerdo de una señora que venía corriendo con sus periquitos, que eran lo único que había sacado, pero al fin y al cabo también se le ahogaron, yo lo vi, fue triste... ¡Ay, no, todo fue aterrador!

De la fecha, no sé si me lo crea, pero ni me acuerdo. Eran como las dos o tres de la mañana. Sólo sé que se escuchaban unos gritos horribles en la parte del campo: “¡Auxilio, auxilio! ¡Ayúdenme! ¡Hay bebés! ¡Tengo a mi hijo, tengo a mi papá...!” Unos llantos que nada más de recordarlos me ponen otra vez de nervios. No se me olvida. Un muchacho se hundió enfrente de donde estábamos y pedía auxilio el pobrecito, pero ya no volvió a salir... aunque mi esposo dice que sí, yo no lo vi realmente.

Nosotros acabábamos de pasar una desgracia antes de la inundación porque a mi sobrina se le murió su bebé y estábamos con esa pena todavía; por eso más sufrimos cuando decían que en el panteón los muertitos, los que se habían enterrado recientemente, se habían salido de sus tumbas porque se aflojó la tierra. ¡Ay, yo lloraba por ese bebé! ¿No vio usted en el periódico una noticia que salió en esos tiempos, de que en el panteón se escuchaban llantos desgarradores? Mi suegra dice que eran las ánimas porque ese día bajarían los angelitos y al día siguiente los muertos grandes. ¡Y yo me ponía a rezar!

Como somos muy creyentes, en esos días de noviembre acostumbramos estar muy calladitos, nada más con las velitas y esperando a que nuestros difuntitos bajen. Y antes de la inundación hasta teníamos planes de hacer unos tamalitos. ¡Pero ahí se nos hubiera quedado el tamal atorado, por el susto que nos dio el agua!

A veces me quedo sola y me pongo a reflexionar que en esos momentos de angustia, yo como madre que empezaba a experimentar ese don que Dios nos da, quería salir del agua por mi hijo, más que nada por él, porque él no ha vivido y yo en cambio ya sé qué cosa es la vida, ya sé qué cosa es sufrir.

Yo tenía cuatro años de casada y no podía tener bebés. El problema era que mis niños se salían solitos porque se me descuelga mucho la matriz. Por eso mi suegra me llevó con una señora para que me tallara... y aunque me dejó que no podía ni caminar, después de todo, gracias a Dios pude tener a mi hijo. Por eso en la inundación yo me ponía fuerte, no lloraba y ni lágrimas podía tirar, no me salían, yo sólo pensaba en sacar a mi bebé del peligro.

En cambio veía que otros, en vez de tratar de salir de ahí, buscaban la manera de perjudicar a los que ya estábamos bajo el agua. Pero, ¿qué cosa podían agarrar, si ya estaba todo mojado?

Enfrente de la casa donde nos quedamos atrapados dejaron una camioneta con una marrana que estaba pariendo y se cruzó un señor tirándose al agua con la ambición de agarrar los marranitos. Era ambición y no otra cosa porque, al ver que se hundía, la gente desde la casa queriéndolo ayudar le gritaba: “tíralos hacia acá para que puedas nadar”, pero no. Ahí se estaba ahogando él junto con los marranos y aun así prefería que no le ayudaran. Yo en cambio decía que ni pensarlo, lo importante para mí era sacar a mi bebé. ¡Pues de nada me iba a servir tener un marrano y que mi hijo se me ahogara! Y después de eso me pongo a pensar a veces: ¿Por qué será así la gente?... No sé si es por la ingratitud o la ignorancia...

Cuando estuvimos atrapados en aquella casa algunos se acercaron para decirme: “Fíjate que se hacían unos remolinos en la calle y ahí vimos que tu papá se hundió”. ¿Se imagina la desesperación de no saber de mi familia? Nada más de contárselo a usted, vea, tiemblo; es un milagro que mi papá esté vivo. Dicen que a media noche vinieron rescatistas a buscarlo y no lo encontraban, ¡¿pues cómo iban a encontrarlo si todo estaba lleno de agua hasta el segundo piso de las casas?!“

Y es que cada uno salió por donde pudo. Yo me fui con la familia de mi esposo, pero no sabía nada de mi mamá, sólo lloraba por dentro, hasta dejé de comer. Mi suegra me decía que se me iba a espantar la leche porque estaba reciente mi alumbramiento, pero tenía una gran desesperación por saber que todos estuvieran vivos. Es terrible tener esa duda. Uno no sabe si va a morir ahí...

Hasta que logramos llegar a la catedral, antes de que amaneciera, por fin pude preguntar por cada uno. Me hacía falta la mitad de mi familia y yo seguía desesperada. Cuando unas horas después llegamos a la casa de mi cuñado, donde por fin nos refugiamos, una señora nos alarmaba. No sé si lo hacía por vernos llorar o vernos sufrir o qué, pero llegó corriendo, diciendo que las presas se estaban rompiendo y que ya el gobernador había dicho no sé qué tantas cosas... ¡¿Se imagina?! Me quedé blanca en ese momento, lo único que hice fue pararme y cargar a mi bebé. Yo decía: “Señor, si lo mandaste pa’ que lo mates en esta inundación pues ya ni modo, ya qué más da, en tus manos estamos y sólo tú sabes lo que nos depararás”.

Comencé a pelear con mi esposo porque le reclamaba en mi angustia y desesperación todo lo que estaba pasando. Al final no sé si todo esto lo mandó Dios, el hombre, o vaya usted a saber qué cosa, pero comprendí que mi esposo no tenía la culpa. Sólo sé que si vuelve a pasar aquello, no me quedaré en la colonia, ¡mejor corro a la montaña más alta! Yo me voy por mi hijo, no me vuelvo a quedar ni un instante...

Después de que pasamos todo el susto, y de que mi cuñado también recuperó las fuerzas, nos regañó por no salir antes de nuestra casa. Le temblaba la quijada y la mitad de la cara, y no sé si fue por el miedo, por su desesperación o por el frío que había... Porque dicen que había mucho frío, pero yo no sé, la verdad yo no sentía nada, sólo pegaba a mi hijo contra mi pecho cuando él lloraba. Pero veía a mi suegra quejándose del dolor de su pierna y ella sí lloraba mucho. Yo no, más bien me quedé directa, no sé... no sé por qué... aunque sí tenía ganas de llorar, sólo pude hacerlo hasta que llegamos a donde nos dieron refugio. Lloré, y lloró también mi esposo conmigo; encerrados en el cuarto lloramos los dos. Yo le decía que Dios no había tenido piedad con nosotros. “Míranos —le dije—, que con gran sacrificio vamos luchando para tener nuestras cosas, y ahorita perderlo todo, en un abrir y cerrar de ojos... perderlo todo después de tantos años de lucha”... ¡Por-

que fueron años! Cuatro años para que yo tuviera mis cosas... pero ahora hay que volver a empezar... A veces lo digo, me dan ganas hasta de matarme porque... no sé, no quiero volver a vivir lo que ya viví y tampoco quiero que mi hijo lo sufra. Mi bebé, como está chiquito, no entiende ni se da cuenta de nada, no sabe lo que estamos pasando por darle una vida.

Fíjese qué curioso, antes le decía a mi esposo que si a los veinticinco años no podía tener niños ya no iba a intentar más tratamientos, ¿y quién iba a saber?! Teniendo a nuestro bebé, al mes vino la inundación. A lo mejor Dios nos puso la prueba para ver si lográbamos sacarlo de aquí y demostrar que eran verdaderos el amor y las ganas que teníamos de tener un niño. Por eso le decía a mi esposo: "Si tú ves que yo me hundo no te metas a buscarme, salva a nuestro hijo que es lo que más precisa". Sé que lo cuidaría bien; sé que, al faltar yo, él se haría responsable de su bebé porque la verdad también lo quiere mucho.

Recuerdo que cuando nació no paraba de llover ni de día ni de noche, por eso le decía: "Hijito, tú naciste con ganas de estar en el agua, como el patito, por eso naciste en estos días", ¿pero quién se iba a imaginar que iba a ocurrir esa desgracia tan enorme?

"Es que era yo tiernito, soy un niño del agua", ¿verdad mi amor? Es un naufrago mi bebé, así le llama mi cuñado después de todo lo que pasó. Pero le pusimos Valentín, por valiente, Valentín Torres García, porque fue valiente mi bebé al salir de aquí, porque nos dio valor.

Gracias a Dios no se me enfermó durante los días que estuvimos fuera, aunque tomó de muchas leches diferentes y dicen que eso les hace daño. Pero antes de dárselas yo pedía: "Dios mío, que no le hagan mal, no tengo otra cosa que darle"... Sin embargo cuando regresamos a casa y ya tenía tres meses, le suspendieron la leche porque todo estaba contaminado y aquí le cayó un virus. Lo llevamos por todos lados con distintos pediatras pero no le hacían efecto los medicamentos. Mi esposo se quedó sin trabajo y mi cuñado también. Mi esposo es albañil, pero ya ve que con lo del agua, ¿a dónde iban a conseguir trabajo en esos momentos? Pues en ningún lado, ¿quién iba a construir?

Después de todo, gracias a Dios aquí tengo a mi niño vivito y coleando, porque hoy es su cumpleaños, ¿verdad, mi hijo?... Aunque todo triste... Nada es lo mismo.

Cuando nació, su papá y yo hicimos muchos planes. Pensábamos hacer fiesta para su primogénito, como él le dice; íbamos a hacer piñatas y dulces pa' que los niños comieran. Pero mire hoy: solitos él y yo, porque mi esposo tiene que andar trabajando y así estamos pasando el cumpleaños.

Después de todo, a veces me quedo aquí en silencio viendo lo que tenemos ahorita con la ayuda que nos dio el gobernador, pero lloro mis otras cosas. Debía usted ver cómo quedaron mi cuarto, mis trastes, nuestra ropa, todo lo del niño... Por cierto, esa cuna que está allá afuera se deshizo hoy nada más donde la toqué. Eso y el portabebé quedaron de la inundación porque no quise que los tiraran, son de mi hijo. Son recuerdo del sacrificio, porque mi esposo dejó de comer para que yo tuviera las cosas, y yo a veces también me iba a trabajar para poder tener lo que necesitábamos.

Cuando estaba embarazada hicimos mucho sacrificio, pero más mi esposo porque el trabajo de un albañil es muy duro. A veces lo veo venir y ni siquiera me saluda de tan cansado que está, sólo viene y cae en la cama... Al principio lo regañaba porque le decía que una cosa es que esté cansado y otra es que no quiera ni saludar a su hijo; pero la verdad, con lo que nos pasó, no sé si uno queda un poco loco o más sensible. Lo comprendo. Por eso a veces le digo a mi hijo: "Cállate, bebé, porque tu papá está durmiendo, déjalo que descanse". Pero la verdad es que uno ya no duerme tranquilo. Todos los días me levanto a media noche porque temo que vuelva la inundación y nos agarre dormidos, ¡ahora sí nos ahogáramos!

Y es que en estos días de lluvia hay muchos rumores: "Dicen que después de que pasen las fiestas patrias, el gobernador anunció que van a abrir las compuertas y otra vez nos vamos a ir al agua", eso me dijo una muchacha en la iglesia. Yo no quisiera volverlo a pasar porque me moriría nada más de verlo, ¡nada más de verlo!... En pocas palabras, fue aterrador. Parecían cascadas que venían sobre nosotros. Sólo con poner el pie nos arrastraba la bendita agua... en ese momento más bien yo la maldecía: "¿Por qué vienes a fregarnos acá, desgraciada, si en otros lados haces falta?" ¡En otros lados hasta la tierra se parte!

Es verdad que todos estábamos tan espantados, que hasta los hombres nos cargaban con lágrimas... Por eso hablaba con mi esposo ayer y me puse a llorar otra vez. Me quiero ir de aquí, le pido que trate de ver esa posibilidad. En esta casa estamos posando con mi suegra pero yo quiero irme a mi casi-

ta, a un lugar donde pueda decir que es mío. La situación con mi suegro me entristece: se volvió más alcohólico y no sé si es por la inundación, porque siento que también quedó impresionado, pero el que paga el vicio es mi esposo y a veces hasta su mamá, que vende productos por catálogo. Y así, con todo esto la pasamos muy difícil, por eso últimamente tengo que dejar a mi bebé con mi suegra para poder ganarme la vida, lavo ropa en casas ajenas, o si quieren plancho.

Antes de la inundación yo decía que no iba a trabajar hasta que mi hijo cumpliera seis o siete años, así que ni eso quiso darme Dios ahora. A raíz de todo esto aumentaron nuestras carencias; ahora tengo que trabajar. Aunque no me voy lejos, aquí mismo en la colonia busco mis clientas, ellas me pagan y también a veces me dan comida o cosas para el bebé, pero en cuanto termino me vengo corriendo a verlo.

Ya empezó a caminar despacito pero me da miedo porque el otro día se nos cayó. Su abuelita lo cuida y lo quiere demasiado pero él le dice “mamá”, y a mí me llama “Juana”... es porque lo dejé muy chiquito para ponerme a trabajar... Aunque a veces sí le digo: “No, yo no soy Juana, soy tu mamá”, y él nada más se echa la carcajada.

Mi suegra piensa que me voy a enojar pero yo le digo que no, porque prácticamente ella es su mamá, la que lo cuida... Aunque de noche, cuando lo veo dormir tan tranquilo, tan bello, pienso: “¡Pero si yo te parí!”...

¡Mira, hijo, ya llegó tu papá!... Gracias por venir a escucharme, he podido sacar un poco de esta experiencia porque no es fácil hablar de esto y en la casa lo evitamos. Es como un dolor, como una garrapata cuando se pega al perro y nadie la saca. Y así me pasa a mí con esta experiencia, a veces hasta la sueño, hasta siento que el agua viene atrás de mí siguiéndome. ¿Y ya qué le voy a hacer? Irme a la montaña...

Todo esto fue un aviso de Dios para que dejemos de hacer cosas malas, ya ve que últimamente se desató eso de que secuestran y matan a cada rato a la gente...

*Juana García Jiménez*

*Habitante de la colonia Gaviotas Sur*

# Soy un servidor público, pero también un ser humano

**LA INUNDACIÓN CAMBIÓ UNA PARTE DE MI VIDA.** Fue una experiencia buena y mala. Mala porque ¿a quién le va a gustar perder sus cosas y tener en riesgo a sus seres queridos?... y buena porque aprendí a valorar a mi familia, aprendimos a estar más unidos.

Al principio pensábamos que no iba a pasar nada, pero como trabajo en el gobierno escuché por los medios de comunicación, y por los rumores, que aquí en Gaviotas Norte debíamos tomar las medidas pertinentes.

Mi mamá ya está grande y mi papá además es discapacitado. Junto con mi hermano traté de convencerlos de que salieran pero no tuvimos éxito, incluso se molestaron con nosotros: “Aquí no va a pasar nada”, insistían, ¿y qué más podíamos hacer?!

Simplemente apesadumbrado, bajé la cabeza y me llevé a mi esposa y a mis cuatro hijos en ese mismo momento. Salimos con el agua hasta media pantorrilla. Llevábamos sólo un poco de ropa, lo indispensable, pero dejamos todo lo demás alzado. De todas formas nunca creí que el agua subiría más de dos metros.

Mi tía y mi suegra, que vivían en la orilla del río Grijalva, nos alcanzaron para decirnos que no iba a pasar nada. Pero yo insistía:

—Miren, vámonos de una vez...

Y ellas:

—Mejor quedémonos en casa de la tía Lourdes (que vive por la explanada de Luis Donald Colosio), esa parte no se inunda.

—¿Será?

Para entonces ya había tomado algunas medidas. Compré una cama inflable porque no podíamos permitir que los niños durmieran en el suelo, pero ellas me decían riéndose:

—Tú estás loco.

—No, no estoy loco, y ultimadamente, si entra el agua a la casa, aunque sea en esta cama flotaremos.

Yo mismo me reía de mi ocurrencia, pero nunca creí que mi broma se convertiría en realidad... No me sentía cómodo esperando simplemente a ver qué pasaba. Les dije que teníamos que salir, pero tercios se negaban a escucharme, aunque ya eran las doce de la noche y aún no se habían acostado. Estaban muy nerviosos como yo. Entonces salí de la casa, me subí al auto y encendí el radio. Los medios de comunicación estaban informando constantemente. Me asomé a la laguna que está cerca y ante lo que vi le hablé inmediatamente a mi esposa:

—¡Medio metro más y se desborda! ¡Sí nos vamos a inundar! ¡Vámonos!

Regresé y le dije a mi tía que tenía que empezar a subir sus cosas.

—¡Ya acuéstate, tú estás loco! —me contestó.

Pero yo no podía dormir por la presión y el pendiente, y menos cuando sonó el teléfono de mi esposa: “Adriana, dile a Alberto que me venga a buscar porque ya se está desbordando el río y tengo miedo, estoy sola aquí con las niñas”. Era mi cuñada. Yo dudaba que pudiéramos pasar por ella, pero en el momento en que fuimos a buscarla, las calles de la colonia estaban secas. Cosa rara porque cuando habíamos salido de ahí unas horas antes ya estaban llenas de agua. De todas maneras pensé que no había que confiarse.

Venía monitoreando en la radio cuando escuché que se había desbordado en tal lugar, que había filtraciones más allá, y que se estaban poniendo costaleras para tratar de evitar una catástrofe mayor y todo ese rollo. Fue cuando definitivamente le dije a mi esposa:

—¡Vámonos de una vez! Iremos a Tamulté; es una zona alta y no creo que llegue el agua hasta ahí. Sobre todo hay que hacerlo por los niños.

—¿Seguro, Alberto?



—Mira, mujer, si mañana me voy a trabajar estaré con gran pendiente sabiendo que tú estás aquí, en esta colonia en riesgo. Así no voy a estar bien, mejor vamos a asegurarnos.

Pero mi tía, que pasaba por ahí, me dijo:

—¿A dónde vas? —y se empezó a reír otra vez. —¡Tú estás loco, esto no se va a ir al agua!

—¡Pues con mi locura, yo me voy!

Agarré a mis chiquitos y les dije: “Vámonos”. Lo que cupo en el carro, eso me llevé. Iba con mis niños, mi esposa, mi cuñada y sus hijas. Todos íbamos como sardina enlatada en el tsurito. Salimos de Explanada y llegamos hasta la casa de mis parientes, donde refugié a mi familia. Y allá nos alcanzó mi suegra en su camioneta y le dije:

—Tenemos que ir a buscar a toda la familia y sacarlos aunque no quieran, porque sí se va a ir al agua todo esto.

—¿Será?

—¡Sí! Estoy seguro, ya parece que lo estoy viendo...

Volvimos entonces a la casa de la que habíamos salido en la madrugada y mi tía nos recibió y todavía nos hizo un desayuno. Pero a las siete de la mañana aquello ya era un caos. Ya veíamos venir el agua desde Gaviotas Sur. Mi suegro y yo sacamos primero a mi cuñado, que es discapacitado, y a los adultos mayores. Pero mi tía no quiso salir a pesar de nuestros ruegos.

Nos costó una bronca poder cruzar el puente de Gaviotas porque todo el mundo quería salir al mismo tiempo. Y, en cambio, otros querían entrar a rescatar a sus familias o a constatar que estuvieran bien. Así que ya era un caos después de las nueve de la mañana, cuando por fin logramos pasar del otro lado. Le dije a mi suegro que avisara a los que se habían quedado en la colonia que tenían que salir cuanto antes porque ya venía el agua.

—¿Verdad que sí, Alberto?

—¡Sí! —le dije —y bueno, yo ya cumplí; tengo que ir a trabajar.

Y así lo hice. Ese día fuimos a un centro de acopio. Mi misión era grabar un documental de todo lo que pasaba en la inundación, pues yo soy fotógrafo, pero lo cierto es que con la urgencia nos pidieron el apoyo de ponernos a separar despensas, ayudar en la organización de víveres y demás. Y me encontraba en eso cuando me habló mi esposa, como a las once de la mañana:

—Gordo, mi tía se quedó atrapada.

—¿Quién?

—Mi tía Lourdes.

—¡Y se reía de mí! —le dije.

—Dice que por favor le consigas una lancha.

—Es imposible, todo mundo quiere lanchas ahorita y ya no hay. Diles que se suban a la azotea o que busquen una casa de dos pisos, ahí tendrán que esperar porque créeme que en las zonas de más atrás ya hay mucha gente en el agua.

Pero mi esposa todo el pinche día me estuvo marcando, y yo había estado muy nervioso con el pendiente por su familia, hasta que reaccioné: “¡¿Y mis papás?! ¡¿Dónde estarán?! No es posible...”. Comencé a dar vueltas angustiado: “¡¿Ahora qué hago?!”. Marqué al teléfono de mi hermano pero ya se había caído el sistema o no sé qué pasó, me sentía tan desesperado. Le pedí a mi esposa que tratara de localizarlos porque en ese momento la preocupación me paralizaba.

En mi casa no hay teléfono aunque mi hermano, el que se quedó con ellos, sí tiene celular. Me calmé un poco pensando que ante cualquier emergencia él los ayudaría. Pero de todos modos estaba seguro de que no podría solo. Sentí rabia, impotencia, me enojé conmigo mismo porque me había preocupado tanto por la familia de mi esposa que se me habían olvidado mis viejos. Y me quedé con esa angustia, con ese sentimiento apretándome el corazón. A partir de ahí estuve todo el día sin poder trabajar tranquilo aunque había mucho quehacer, necesitaban apoyo en todas partes. Le dije a mi esposa que debía montar un documental y no podía moverme de ahí, además, algunas autoridades harían un recorrido por los albergues y yo tenía que acompañarlos. Y así anduve, grabando en los recorridos oficiales y mi esposa hablándome a cada rato:

—¡Oye, mi tía está en el agua y está llorando!

—Pero yo estoy trabajando, ¿cómo voy a dejar lo que estoy haciendo? Además también está mi familia, mis papás, en esa misma situación. ¿Qué quieres que haga? Lo siento, se los dije y hasta se reían de mí, no me hicieron caso... no sé, no sé qué hacer. Déjame pensar...

Hablé a varios de mis amigos y les pedí ayuda. Me dijeron que me apoyarían con una lancha pero hasta que llegaran las que estaban por enviar de refuerzo desde Veracruz. Entonces le dije a mi esposa que tenía que espe-

rar porque todos estaban en lo mismo. ¡Todo el mundo rescatando a sus familias y sus cosas! Pero el trabajo es el trabajo y no se puede abandonar así nada más. Hasta que, de plano, ya no pude seguir con el pendiente y le avisé a mi jefe que me iría un rato.

—¡Me hubieses dicho antes! Vete, haz lo que tengas que hacer.

Yo me sentía moralmente comprometido, no sólo con mi trabajo, sino como ser humano, sabía que teníamos que apoyar. Ya eran las cinco de la tarde y mero enfrente de Plaza de Armas, junto al Palacio de Gobierno, ahí dejé mi carro y pasé el puente Grijalva caminando. En medio de todo eso me cimbró el sentimiento por mi colonia y por mis vecinos. Venían muchas señoras cargando a sus bebés, llorando, angustiadas... Eso me causó mucho dolor, “¿qué irá a pasar?”, me preguntaba, y seguí avanzando.

Al bajar el puente vi que ya estaba todo en el agua y todos querían lanchas y cayucos, pero no había. Entonces reconocí a un amigo con el que había trabajado en un medio de comunicación y nos propusimos ayudarnos mutuamente para entrar a la colonia, pero en realidad no medimos el riesgo. Mi objetivo en ese momento era sacar a la familia de mi esposa. Y el objetivo de él era ir por su documentación.

Metí mi cartera y mi teléfono en una bolsita y me la colgué en mi camisa. Desde lejos nos vio una persona de Protección Civil y nos gritó que no entráramos porque la corriente estaba muy fuerte, pero no quisimos hacerle caso. Avanzamos; aunque todo estaba saturado, no se podía caminar. La gente se quería subir a cualquier lancha que pasaba y había un gran desorden por la desesperación de todos en ese momento. De pronto se me acercó una persona que nunca antes había visto y me dio el chaleco salvavidas que traía puesto y otro más para mi compañero.

Así empezamos a caminar en medio del agua que nos llegaba cada vez más arriba. Tuve que quitarme el impermeable que traía encima porque no me dejaba andar. Llovía y estaba oscureciendo pero, como conocíamos bien la colonia, avanzamos por toda la orilla de la banquetta. De pronto me detuve por un momento, me sofocaba, no podía más...

—Aguántame tantito —le pedí —no me dejes.

En ese instante me quité la camisa de mangas largas y los zapatos, todo lo dejé ir. Después de eso nos fuimos avanzando muy lentamente porque la corriente arreciaba y no podíamos nadar y además mi compañero no sabía,

44 así que yo lo iba cuidando... pero si yo estoy chaparro, él está todavía más que yo y por eso se quedaba atrás, era chaparro y delgadito. Nos íbamos apoyando uno al otro como podíamos. Ya estábamos llegando al parque, cerca de su casa, pero había que cruzar la calle y la fuerza del agua era impresionante. Aunque vimos una lía colgada de poste a poste en la esquina, sabíamos que era imposible intentarlo.

Habían subido muchos carros al parque, que de todos modos quedaron bajo el agua. Se veía como una fuente de luces espectacular, tenían las lámparas encendidas, las alarmas sonando y los limpiaparabrisas funcionando. Era como ver una película. Sólo se veían los toldos de toda esa larga fila de carros. En ese momento casi llorando me dijo: “No voy a poder”, y ahí nos despedimos, él se regresó como pudo pero yo tenía que avanzar.

Finalmente decidí cruzar la calle agarrándome de la lía, pero la corriente me doblaba. A como pude fui avanzando poco a poco para llegar al otro poste. De ahí me fui pasando sobre la hilera de coches, de carro en carro hasta que llegué a la plaza que está en Gaviotas Sur. Vi mucha gente refugiada en una lomita esperando el rescate, personas arriba de sus casas y otros que iban en sus cayucos, pero cada quien en su onda. Todos viendo sólo por sus familias, lo mismo que yo que tenía el propósito de llegar a la casa de mi tía.

Me quedé parado y observé la corriente, sabía que si nadaba tardaría más en llegar. Entonces avancé para cruzar al borde que está en la explanada, porque si me metía por donde está la laguna me podía caer. Lo que hice entonces fue medir mi distancia y pensar: “Si avanzo, la misma corriente me va a llevar”, y así lo hice hasta llegar a una banqueta que había en el camellón. Empecé a caminar por ahí porque estaba seco, pero alrededor había agua. Cuando llegué cerca de la casa de mi tía mucha gente estaba igual: todos buscando lanchas y queriendo salir. Había algunos marinos remando, sacando gente, y yo pendiente de ver a mi tía. En ese lapso encontré a un camarada que traía una lanchita.

—¡Oye, préstame la lancha!

—No, hermano, la gente me la quiere quitar...

—¡Es que tú me tienes que ayudar, teniendo ese recurso tú tienes que ayudar, yo sé que es arriesgarse, pero échame la mano!

Él vivía por ahí pero había decidido quedarse con su familia en su casa de dos pisos, por eso solamente agarraban la lancha para salir a comprar algo o para sacar a sus conocidos, porque los demás estaban revueltos y en la desesperación sólo se le aventaban y jaloneaban la lancha. En ese momento el agua era impresionante, traía muchísima fuerza y ya estaba llegando al techo de la primera planta de las casas. Entonces lo convencí insistiéndole mucho. Y así nos fuimos, pero mientras íbamos pasando nos gritaban: “¡Dennos el aventón!” Y yo les decía que sí, que nada más sacáramos a nuestra familia iríamos por ellos.

—¡Es que hay una señora que está embarazada! —gritaban —hay que sacar a los niños. ¿Van a regresar?

—Sí...

Por fin llegamos a la casa de mi tía:

—¡Lourdes! ¡Lourdes!

Y se asoma:

—¿Qué pasó?

—¡Vámonos!

—No, hijo, no me voy a ir.

Y le dije ya enojado:

—Tía, mi esposa me estuvo llamando todo el bendito día para que viniera y no sabes todo lo que tuve que pasar para estar aquí, así que vámonos.

—Ay, ¿y mis cosas?

—No sé, a lo mejor sube más el agua y te vas a quedar esperando peor. Ayer te reías de mí, así que súbete a la lancha, por favor.

Yo estaba molesto.

Les grité a todos los que estaban por ahí que subieran a las señoras y los niños. Total, nosotros como hombres nos podíamos ir nadando. Entonces como no cabían muchos en la lancha nada más sacamos como a seis personas y ya me fui flotando agarrado del cayuco. ¡Pero por fin pudimos sacar a mi tía!

Mi idea era regresarme inmediatamente por mis papás pero no sabía exactamente dónde estaban; su casa ya estaba bajo el agua. Así que volví muy cansado a donde había dejado albergada a mi familia en Tamulté y estaban todos despiertos viendo las noticias.

Mi esposa me preguntó por mis papás.

—No sé cómo estén —le dije —yo no puedo estar aquí sentado sin hacer nada, ¡mira cuánta gente está en el agua! Yo me voy ahorita mismo otra vez.

Pero me replicó:

—No, tú estás loco, ¿qué vas a hacer a esta hora? Son casi las diez de la noche.

—Yo no sé cómo le voy hacer, pero me voy a buscarlos.

Así me fui a Paseo Tabasco, saqué mi carro de Plaza de Armas y llovía como de película. En la rampa del puente Grijalva III mucha gente estaba queriendo entrar a la colonia y muchos otros queriendo salir. Se oían los gritos: “¡Allá están mis hijos!” “¡Mi mujer!”... Eran muchas voces que se mezclaban. Todos querían lanchas al mismo tiempo y como los marinos no conocían el lugar pedían voluntarios que les ayudaran a guiarse para sacar a las personas. Entonces me ofrecí, pero me dijeron: “No, tú nos vas a ayudar organizando a la gente aquí”. Y yo dije: “Ay, Dios mío, ¿por qué me toca esto? ¡Tengo que ver a mis papás!”

La mayoría de las personas traía sólo su ropa. Yo estaba ayudando con todo gusto pero seguía con el pendiente. Así me dieron las cinco de la mañana organizando las filas de la gente recién rescatada, había muchos ancianos. Pero no dejaba de pensar en que no había podido encontrar a mis papás y en que tenía que ir a trabajar en unas horas. Me sentía muy mal conmigo mismo, pues ¿cómo era posible que estuviera ayudando a otras personas y no pudiera ayudar a los míos? Lo peor de todo es que no sabía dónde estaban. Así que, muy cansado y con esa congoja, decidí prepararme para regresar a mi trabajo.

Llegué casi a las seis de la mañana a la casa. Todos estaban durmiendo. Me bañé y me vestí, pero al mismo tiempo pensé: “No puedo irme a trabajar así, sabiendo que mis papás están en peligro, tengo que volver”.

En ese momento sonó el teléfono: “Oye hermano, mis papás y los demás estamos aquí en la casa de doña Rosa”. ¡Sentí un gran alivio! Ahora ya sabía dónde estaban. Le avisé a mi esposa y desayuné. Después me subí al carro, lo encendí y me quedé dormido en el volante por el gran cansancio que tenía. Mi esposa no se dio cuenta... tan sólo me quedé ahí profundamente dormido. Me levanté hasta que el sol me pegó en la cara. Había pasado como una hora y media... o no sé... pero todavía no eran las ocho. Me vio mi

cuñado que llegaba en ese momento en una moto porque él trabajaba en cobranzas y me dijo que iba a chambear.

—¿Vas a chambear, con todo este desmadre? ¿Y a dónde vas a cobrar si tu ruta es Gaviotas? Mejor ayúdame, voy a ver si puedo sacar a mis jefes que se quedaron en la colonia...

—Órale, vamos, nada más déjame avisarle a mi mamá que me voy contigo.

Así nos fuimos, yo iba en sandalias porque ya sabía a lo que iba: “¡Al agua, pato!” En ese mismo lapso me hablaron mis otros hermanos preocupados también por mis papás. Estaban impacientes, se quejaban de que se los habíamos advertido. Pero les dije que no era momento de pelear.

Nuestro punto de partida fue de nuevo el puente de la avenida Paseo Tabasco. La gente seguía luchando por sacar a sus familias, sus pertenencias, refrigeradores, televisiones... todo lo que podían. Por eso era más difícil entrar, todos se amontonaban. Mi cuñado y yo optamos por dividirnos para buscar la manera de entrar a la colonia porque había varios puntos posibles a lo largo del malecón. Yo estaba listo con mi salvavidas y más relajado, pero los militares nos aventaban: “No, no pueden entrar, corren peligro”.

Me quedé ahí pensando un rato. En eso, vi la lancha de un amigo con el que trabajé hace años en el ayuntamiento y le chiflé:

—¡Ayúdame, quiero ir a buscar a mi jefes!

—Si me esperas un rato, regreso por ti.

Y así fue, en una hora volvió pero, para la mala suerte, la lancha no arrancaba porque se le habían enredado hilachos de la misma costalera en la veleta de la máquina. Y hasta que los marinos nos ayudaron pudimos ir al recate.

Por fin llegamos a donde estaban mi papás. Mi cuñado ya estaba ahí. Los ayudamos a salir a ellos y a seis personas más, pero los dueños de la casa no quisieron irse. De todas formas la lancha se llenó. Y les dije: “Ya váyanse, yo luego veo cómo me voy. Me esperan en el puente, allá nos vemos”. Finalmente yo ya me sentía mucho más tranquilo.

Me aventé al agua para empezar a nadar y entonces me di cuenta de que pasaría cerca de mi casa. Cuando lo hice no pude contener el llanto; me dio tanta tristeza al ver aquello... ¡todo!... bueno, ya había pasado algo así dentro de mí desde el principio, pero en ese momento en que iba nadando

48 frente a mi casa lloré... lloré mis cosas y todo lo que con muchos años de trabajo había obtenido... Seguí nadando pero no dejaba de llorar, fue un sentimiento muy fuerte.

Al momento de llegar a la esquina de mi casa había una corriente enorme. Entonces se me ocurrió dejarme llevar, “¿para qué nadar?”, pensé. Traía el chaleco salvavidas, así que me dejé ir haciéndome “el muertito”. Trataba de no irme cerca de las casas porque sabía que los carros debajo del agua me podían lastimar. Entonces procuré el centro de la calle.

Y así ya iba llegando cerca del Sector Salud cuando me tiraron una lía desde una esquina y al instante salté dentro del agua; entonces escuché la voz de un señor: “Ay, yo pensé que estabas ahogado”. Y me empecé a reír: “No, ni Dios lo quiera hermano”...

Sé que me arriesgué, no me puse a pensarlo en ese momento, pero después lo hice. Por ejemplo ahora que se lo cuento a usted, y recuerdo... no sé si me estoy riendo del miedo, o me está causando gracia saber que me pude haber encontrado un animal. Sé que hay lagartos en Gaviotas, siempre he vivido ahí y sé que los hay. Pero en ese momento no me importó nada. Sólo sentí que tenía la responsabilidad de sacar a mi familia y a los demás... Aunque sé, bien que sé que me pude haber encontrado un animal y eso apenas ahorita lo estoy pensando...

Es que eso nos marcó, no es fácil olvidar, lo tenemos grabado como *chip* en la computadora.

En la inundación perdí un gran tesoro, mis fotos. ¡Adoro las fotos! Por eso peleo ahora con mi esposa, le dije que lo primero que tuvo que haber sacado eran mis fotos y no lo hizo, no me hizo caso cuando se lo pedí. ¡Eran mis recuerdos! Es una herencia que se lega a los hijos, a los nietos. Me duele tanto haberlas perdido. Después, con gran tristeza, recuperé varias del lodo; pero estaban enmohecidas, y lloré.

Siempre había dicho que seré lo que sea, pero seguiré siendo fotógrafo... y sin embargo en la contingencia dejé de serlo...

Después me lamento porque perdí imágenes que pude haber capturado, pues digo, soy fotógrafo, debía tener mejores fotos de la inundación. Pero... ¡me olvidé de la cámara!... Tenía que ayudar. En ese momento no fui reportero gráfico como en otras ocasiones en que incluso cubrí muchas



inundaciones como la de 1999. Ahorita no me correspondía ser fotógrafo. Soy un servidor público pero también un ser humano, así pensé. 49

Aunque después me reproché a mí mismo diciendo: “Sí, pero de todas maneras soy fotógrafo, debí tener mi cámara a mi lado siempre”. ¡Es que nunca la suelto, es mi vida!... Pero en la inundación del año pasado me olvidé de ella. Sólo tengo imágenes en mi mente... La expresión de la gente... ¿Cómo se sentirían? Estaban sentados a la orilla, después del rescate, pensando, idos... como en otro mundo, pensando, incrédulos, lamentándose, sorprendidos... Pienso que cada uno de nosotros tiene una historia distinta y también una forma distinta de pensar, habría que escuchar a los otros...

*Alberto Aguilar Notario  
Fotógrafo oficial, DIF Tabasco*

# Nos quedamos sin nada

**NO SÉ NI QUÉ DECIR...** Recuerdo que iba con mi esposo a ver cómo estaba la situación en la colonia y queríamos ir al súper a comprar algunas provisiones. Caminamos unas calles más adelante y vimos que la gente venía como enloquecida, unos con colchones, otros con bolsas... Todos miraban sólo hacia el frente y corrían desesperados, pero yo no entendía por qué, hasta que nos asomamos más: el agua ya estaba ahí rebosando.

Por supuesto que ya no compramos nada, corrimos a encaramar nuestras cosas en qué sé yo, cualquier lugar, a como podíamos. Jamás esperamos que el agua subiera a tal grado.

De pronto, en medio de nuestra desesperación y con los nervios de no saber qué hacer, mi esposo me preguntó por mi mamá (que vive sola unas calles atrás) y entonces le marqué inmediatamente desde el celular pero no podía comunicarme, y cuando lo logré se escuchaba algo muy raro por el teléfono, “es el ruido del agua”, me dijo. ¡Y yo me desesperé al oír eso! ¡Se escuchaba con mucha fuerza!

Empecé a sentir algo horrible en mi corazón porque mi mamá ya está grande. Mi esposo quiso ir a buscarla por las calles de en medio pero no pudo pasar porque la corriente no lo dejaba. Cuando finalmente logró en-

52 contrar la manera, sacó a mi mamá y hasta ayudó también a otra señora mucho más grande de edad que habían dejado olvidada en su casa.

Para mí fue una hora de desesperación horrible. Cuando por fin llegaron nos subimos a la casa del vecino. En poco tiempo todo empezó a inundarse y nunca paró hasta que casi alcanzó el techo de la planta baja. La corriente venía muy fuerte, el agua fría, sucia, muy turbia y haciendo remolinos... Yo sentía que lo estaba viendo y no lo creía, realmente estábamos allá arriba y era impensable para nosotros encontrarnos en esta situación. De hecho, ¿cómo le explico?... Después de aquello, durante los cinco meses que estuvimos fuera de la casa no me terminaba de caer el veinte de lo que estábamos viviendo sino hasta que regresamos aquí. Fue hasta entonces cuando empecé a entender que todo lo que pasó fue horrible, pero al menos estamos aquí para contarle todavía, gracias a Dios... Porque dicen muchas lenguas que hubo gente que murió... En la secundaria técnica donde se habían ido a albergar, el agua les llegó tan rápido que de la desesperación por salir se ahogaron. Muchos fueron rescatados en helicóptero pero dicen que murió gente. Yo no sé, no lo vi, no lo viví, de eso yo no le puedo contar si es cierto o no... pero muchos comentan lo mismo.

Por mi parte viví angustiada pero con la esperanza de que vendría algo mejor. Fue una experiencia desesperante. Después de eso no teníamos ingresos porque yo me dedico a costurar y todo ese tiempo no trabajé, perdí muchas telas. Y mi esposo tampoco trabajaba porque el local de abarrotes que tenía con sus hermanos en el mercado Pino Suárez también se perdió.

Mis hijos aparentemente estaban tranquilos. De hecho, cuando nosotros regresamos a limpiar ellos no vinieron pues no querían ver, así que no vivieron esa horrible situación de encontrar todo revuelto, enlodado y apestoso.

Ahora me preguntan por sus cosas, “se fueron al agua”, les contesto. “¡Ay, mami, nos quedamos sin nada!”, pues sí, nos quedamos sin nada...

Realmente, después de aquello, creo que todo mundo estaba metido en su depresión y no nos hablábamos. Prácticamente parecíamos zombis, viviendo cada día aislados en los propios pensamientos, no nos expresábamos... vaya, sólo fue hasta después, en abril, cuando todo empezó a cambiar en nuestra actitud; porque sí, estábamos mal, pero no nos dábamos cuenta, no sabíamos de nuestra situación de tristeza.

¿Por qué en abril? Tal vez me tomen a loca pero nosotros nos habíamos alejado de Dios y ésta fue la oportunidad de volver a empezar, ¿me entiendes? Le estoy hablando espiritualmente. Lo que vivimos nos permitió acercarnos a Dios otra vez al estar en esa situación tan... inexplicable. Es una sensación de levantarse y vivir pero no estar viviendo. Estar triste y agotado de nada, sentirse vacío... No sé ni cómo fue... Un día les dije a mis hijos: "No podemos seguir viviendo de esta manera". Como mi esposo toma mucho, eso también nos alentó a buscar a Dios. Fue un viernes 12 de abril en que ellos aceptaron acompañarme a la iglesia y quedaron maravillados. Ahí empezó otra etapa de nuestras vidas.

Pero mi esposo aún no se nos une. Y es que en aquellos días yo veía en él una gran desesperación, por eso hasta cierto punto lo entiendo. Cuando estábamos saliendo de aquí yo veía en su cara todo; él sentía coraje, impotencia y desesperación al ver que no podía manejar la situación. Pedíamos ayuda a las lanchas para que nos sacaran de aquí, pero todos nos decían que luego regresarían. No nos hacían caso, todo mundo estaba desesperado, todo mundo quería salir de aquí viendo que el agua subía y subía. Lógicamente cada quien estaba rescatando lo que más le interesaba: a sus familias antes que a cualquier otra persona. En esa situación, ¿quién iba a venir por nosotros?! Los lancheros no regresaban a pesar de sus promesas. Claro que eso ponía bastante mal a mi esposo y yo intentaba tranquilizarlo, pero él sentía ganas de llorar, sentía de todo en ese momento... Era el único varón con nosotros, además de mi hijo, pero estando con mi mamá, la señora que rescatamos, mi hija y yo, él quería que no estuviéramos viviendo eso. Pero todo se le salía de las manos. Creo que todo hombre siempre quiere proteger a su familia. ¡Y todas las familias estábamos igual!

Él quedó muy afectado y no es muy abierto para contar sus cosas, no dice lo que siente pero, como mujer, a veces entiendo en su rostro más allá de lo que pueda decir.

Fue una desgracia, y aunque a veces me dan ganas de... ¿a quién le replico?, ¿quién me va a hacer caso?... ¡Ya pasó todo! ¿Cómo recuperar tantas cosas perdidas? No se puede, así que no tiene caso pasársela pensando... Más bien ya no quiero pensar nada, he estado muy ocupada tanto en mi trabajo como en la iglesia, tanto que no he tenido ni tiempo de meditar o de preocuparme en otra posible inundación. Tal vez en el inconsciente no he

- 54 querido pensar... porque sí hay gente a la que le gusta estarse preguntando sobre lo mismo, pero hay otros que prefieren no tocar el tema, prefieren olvidarlo, borrarlo de su mente y eso es lo que les pasa a muchas personas aquí, junto conmigo...

*Flor de Liz López de la Cruz*  
*Residente de la colonia Gaviotas Sur*

# Porque yo estoy bendito

**ME QUEDÉ ALLÁ SOLITO.** Vivo en Gaviotas Sur. Tres veces fue la marina a buscarme y me decían que saliera: “¡Es que dieron una orden!”

—¿Una orden de quién? —les contesté. ¡Solamente que mi padre estuviera vivo!

Y ya no me dijeron nada.

Yo conozco el agua. De niños dormíamos en un tapanco. Fui director de la Policía hace muchos años y ahora tengo setenta y tres. Una vez me balacearon y me dejaron incapacitado de por vida, por eso me pensionaron. Ya no trabajo pero mantengo a mi gente. Bueno, cuando vivían conmigo... ahorita ni me voltean a ver, nadie se acuerda de mí.

El año pasado en la gran inundación no me salí de mi casa y ahora, que está lloviendo y dicen que se va a volver a inundar, no me voy a salir tampoco. A mí no me va a llevar la creciente, ni nadie. Ya lo dije.

Me la paso escuchando todos los días las noticias y ya sé cómo viene el agua. Pero veo cómo la gente anda con la bulla; unos corren pa' acá, otros corren pa' allá, y me dicen: “¿Y usted por qué no sale?” “¡No, porque yo estoy bendito!”, les digo. A mí no me va a pasar nada aquí.

Y es que no me gusta dejar mis cosas, no quiero perder nada. Yo fui campesino también y estoy acostumbrado a las corrientes y a subir todo pa'

56 arriba guindado. Ya me dijeron cómo estará el temporal, por eso no me apuro. Sólo voy al mercado a comprar unas cositas que me harán falta. Y no saldré de mi casa. Y si se me mete el agua me iré a la del vecino, que es mi amigo, y desde ahí estaré vigilando...

*Julián Hernández*

*Explicía*

# También a nosotros nos repercute

## YO VIVÍ MUCHAS COSAS.

Los primeros días estuvimos poniendo costalería. Pasábamos hasta cuarenta y ocho horas sin dormir, entre el agua, sólo poniendo costales, costales y costales.

Hubo colonias que rápidamente se llenaron. ¡En cuestión de horas, pues! Entonces nosotros empezamos a sacar familias, por ejemplo de Gaviotas, de Monal...

Había señoras llorando con sus niños que nos decían que las ayudáramos. Pero el camión estaba lleno y no íbamos a subir a unos para bajar a otros. Entonces lo que hicimos fue darles nuestros lugares y ponernos a caminar cargando sus cosas con el agua al pecho. Cargábamos a los niños, a las personas ancianas, a los discapacitados... Están por ahí las fotografías, hay muchas.

Los únicos que estuvimos metidos verdaderamente sacando a la gente, no sé si se dio cuenta, fuimos los de la marina... los demás nada más llegaron a hacer acto de presencia.

Pero lo que pasa es que nosotros somos un personal sólo para brindar seguridad y protección, pero nos tienen también en los albergues y ya nos queremos ir.



Toda la responsabilidad la tenemos nosotros, toda, toda la responsabilidad está sobre nosotros, ¿y los demás qué hacen?

Nosotros con toda el alma quisiéramos dar lo mejor a los niños y a las personas ancianas, pero no se ve el apoyo. Nuestra preocupación sólo son ellos, porque ahí en el albergue hay gente joven que se puede ir a trabajar, pero de plano no lo hacen nada más porque son flojos... pero no podemos hacer nada, pues... ¿Qué podemos hacer? Nada.

A nosotros nos dan puente, o sea, nos meten el servicio el viernes, salimos el sábado a las dos de la tarde y nos dan lo que resta del sábado y todo el domingo. Nos presentamos hasta el lunes a las siete de la mañana, y así, pues, así está difícil la cosa, la verdad. Da tristeza... a veces da tristeza, uno quisiera salir corriendo de aquí, botar todo... porque también a nosotros nos repercute ver lo triste...

La verdad sí hay sentimientos encontrados. No le puedo contar. Es que aquí no podemos hablar bien... Ya me están vigilando... Por favor no ponga mi nombre, se nos prohíbe hablar, en estos tiempos hay mucha suspicacia...

*Marino de la Armada de México*

# Cambió mi perspectiva de ver a la familia

NO ES MUY GRATO ponerse a revivir todos esos momentos... No quiero volver a vernos arriba de la casa, a la espera de que pase la lluvia y baje el agua... Quizá tampoco quiero ver la ineficacia de mi papá al no hacer nada; él estaba muy tranquilo.

Cuando entré a mi casa fue frustrante ver todo tirado... no sé... me puse a pensar que... bueno, realmente no podía pensar. Sólo volvió a pasar todo por mi mente, volví a sentir el miedo que tuve al salir de la casa. No sé, creo que es algo muy... muy difícil, porque dentro de todo, lo que me duele más es saber que estuve a punto de perder a mi hermano; por poco y pasa a mayores la desgracia, se resbaló en el agua y se lo llevaba la corriente con mucha fuerza. A veces él y yo tenemos molestias, malentendidos, pero de eso a verlo en ese problema así... como que te pone a pensar realmente si valen la pena los enojos.

Todo lo que logramos salvar entre todos, eso fue la gran recompensa. ¡Y haber visto que logramos salir todos!

Aunque pensándolo bien, quizá no es tanto lo material lo que importa ahora, lo sacamos por la mala costumbre de dejarse guiar por mi papá, que intentaba salvar todas las cosas. Pero nunca pensamos en nosotros, en las

60 vidas humanas, en ver que hubiésemos preferido salir antes y dejar todo porque nos arriesgábamos en verdad.

Pero es también de entenderse: es muy difícil dejar todo botado sin hacer nada, sin tratar de salvarlo, porque uno sabe lo mucho que ha costado y lo poco que es.

Después de que salimos nos poníamos a pensar: “¿Y si vuelve a pasar?, ¿qué hacer? ¡A como estemos sacaremos una maleta!”

Nos unimos mucho en el momento de estar en la posada, pero después cada quien volvió a su vida, se volvió a desunir la familia, cada quien vio por sí mismo y ya.

En mi casa, mi mamá el otro día me decía que hay que guardar las cosas otra vez. “¿Para qué?”, le digo, “no pasa nada” ... No sé, la verdad es que no me quiero hacer a la idea de volver a vivir lo pasado, de volver a vivir todo eso que... realmente... me da miedo.

A veces uno se escapa de la realidad, te haces la idea de que no pasó nada, de que... ¡es más!, a veces uno ni se acuerda o no se quiere acordar de lo que pasó, de todo lo que se sufrió, de todo lo que movió, de lo que se logró asimilar o no. Quizá lo despojas, lo arrumbas, los guardas dentro de ti.

Quizá es una actitud de precaución o simplemente de “no hacer nada” y quedarse a la expectativa, de ver qué pasa. En el año 1999 Gaviotas Sur se fue al agua también y yo no me acuerdo. No recuerdo nada, absolutamente nada. Tendría nueve o diez años en ese entonces. Después mis papás nos platicaban y nosotros les preguntábamos qué hicieron. Dicen que en ese tiempo todavía no teníamos una casa de material sino de lámina, y mi papá no estaba... él toma bastante, tiene problema de alcoholismo, pero en ese día había ido a trabajar y entonces mi tía y mi mamá junto con nosotros, con todos los niños, salimos. Cuando llegó mi papá ya estaba todo dentro del agua pero en ese año no fue tan grave el asunto.

Nos platicaron que hizo una balsa con los tanques de gas (lo que pensaba hacer ahora) y nos sacó a todos. Pero como en ese tiempo el agua no pasó hasta Gaviotas Norte, sino que sólo quedó en Gaviotas Sur, pues dice que nos refugiamos en casa de mi abuelita y ahí pasamos toda la inundación, pero es lo único que nos han platicado, o sea, del sentir, de cómo lo vivieron, qué pensaron... no nos interesó en ese momento. No sé, ellos tampoco lo quieren platicar por no volver a vivir.

Como estaba muy niño quizá aquello me frustró bastante, tanto que no recuerdo nada, absolutamente nada. O quizá me hago imágenes en la cabeza pero de lo que me cuentan, de lo que me dicen que pasó, en sí, no recuerdo...

Hay muchos conflictos dentro de mi familia, a veces no podemos estar todos juntos, por el tiempo, o porque no queremos, no sé, cada quien se pone a ver por su familia y no por la unión de las familias. En este caso yo no tengo tiempo para ir a visitar a todos. No sé por qué, antes iba todas las noches a casa de mis tíos a ver cómo estaban... antes de la inundación.

Pero todo lo que pasó me hizo ser "más independiente", más egoísta, o no sé, siento que cambié. A veces sólo quiero ver por mí. Antes me consideraba muy hogareño, me gustaba mi casa, me gustaba ver reunida a la familia, pero ahora a veces me lleno de compromisos para no estar con ellos.

Había muchos problemas previos a la inundación y también durante la inundación. En el tiempo que estuvimos posando hubieron muchos conflictos, malentendidos... nosotros los jóvenes nada más los escuchábamos, no decíamos nada. Vimos muchas facetas de la familia, muy independientes del trauma de la inundación. Y es que no es lo mismo visitarlos que estar viviendo con ellos todos los días, vi muchas cosas que no me gustaron... ¿Cómo es posible que se comportaran de esa manera, que no entendieran todo lo que estaba pasando, que formaran conflictos y rumores entre nosotros?... Por eso me deslindé. O sea, cambió mi perspectiva de ver a la familia. Ahora realmente vi la personalidad de cada uno de ellos y no me gustó. Aun siendo mi familia, no son cosas agradables lo que hacen. No comparto la idea de que desunan y lo tomen como si no les importara.

A veces entendíamos lo que pasaba: que estuvieran presionados, que nos regañaran, entendíamos que era muy difícil estar todos juntos, y más en una casa que no es nuestra, pero lo que nunca entendimos fue cómo era posible que nosotros, siendo más jóvenes, quizá con menos conocimiento, menos pensamiento crítico que ellos, teníamos más juicio en esos momentos. ¿Cómo era posible que no asimilaran lo que estaban viviendo?, ¿cómo era posible que ellos no hicieran más fácil la estancia ahí? Ellos no comprendían que si había problemas, había que sobrellevarlos.

Pensándolo bien, por mucho que estés dentro de tus casillas te llegas a cansar, te llegas a molestar, y más habiendo pasado lo que pasó, habiendo vivido todo eso... Los entiendo... Tenían problemas de trabajo, lo habían per-

62      dido y habían perdido sus cosas, es comprensible, ¿no? O sea, pero pues falta una reunión para saldar viejas rencillas, sanar problemas... aunque a veces no todos tienen la misma disposición, ni la misma paciencia para escuchar o entender...

Lo que sigue sería perdonarnos, reunirnos, y no sé...

*Luis Ángel Cruz de los Santos*

*Estudiante universitario*

# Lo único que nos queda

ENTONCES LLEGÓ LA INUNDACIÓN y no perdí mis archivos, como cualquiera creería... pero estuve a punto. Ahorita ya sabemos todo, pero en ese momento nadie pensaba que fuera a pasar lo que pasó, con esas dimensiones. No sé qué tan relevante sea decir esto, pero salvé mi computadora por no jugar una partida más de Solitario, eso para mí hizo toda la diferencia.

Todo empezó desde un domingo, los rumores llegaban. Sabíamos que se anegaba en los lugares bajos pero en el Centro, donde yo vivía, estaba incrédulo de que pudiera pasar algo más que un encharcamiento. Aunque ciertamente no recuerdo una mañana en que haya llovido tanto como aquel miércoles, pues fue una lluvia eterna. Me hizo recordar la película *La tormenta perfecta*. Yo digo que si hay una lluvia perfecta fue aquella. Es un torrente que no termina, pasan las horas y las horas y no termina. Una lluvia tan cerrada que no se distinguen ni las gotas. Una lluvia que hace parecer noche el día.

Siempre he vivido con mi hermana, mi madre y mi abuela; ellas estaban preocupadas pero yo, como mucha gente, pensaba que no iba a pasar gran cosa. Eran como las cinco de la tarde y estaba con toda la serenidad en mi casa jugando Solitario. Se acercaba la hora de irme a trabajar al periódico, en donde soy jefe de redacción... Y sí, lo sé, muchos me preguntan cómo es

64 posible que a pesar de mi profesión no imaginara lo que pasaría, pero en realidad no teníamos reportes de algo similar en los últimos cincuenta o cien años, y aunque había boletines de alerta e información, no hubo un solo aviso que hasta ese momento dijera que podía pasar lo que pasó.

Recuerdo que tenía mi computadora sobre la mesa, enchufada con muchos cables. Por un momento me pasó por la cabeza la idea de desconectarla “por si acaso hubiera una emergencia”. Pero quitarla implicaba ponerme a desatornillar y todo eso. Así que, con todo y esas dudas, seguí jugando Solitario, que para mí es un juego adictivo.

Antes de irme me detuve un instante: “¿Juego una partida más o me pongo a hacer la labor de desconectar el cable, el monitor y todo lo demás?” Ni modo, dije, no vaya a pasar algo en verdad... Desconecté la máquina y la subí a la mesa. Estuve acomodando las cosas refunfunando un poco, pensando que estaba perdiendo mi tiempo y que después iba a tener la labor engorrosa de conectar todo de nuevo.

En fin, así me fui a mi trabajo y unas horas más tarde recibí una llamada telefónica avisándome que ya estaban evacuando la zona.

Cuando regresé toda la gente estaba afuera, todos huían con lo que podían. Recuerdo que fue fácil levantar mi computadora en segundos y correr. Un instante más y habría perdido mi máquina y todos mis escritos de tantos años... ¡Mi tesis! (que aún no la presento) y mis fotos... Vaya, aunque lo de papel se perdió todo... de esas memorias físicas no tengo nada.

Siento que hasta el día de hoy no me ha caído el veinte de que respecto a eso ya no tengo historia... Todas las fotos que pude haber tenido impresas ya no existen, objetos del pasado... ¡Ya no existen!, nada... Todo está perdido, todo es ahora a partir de 2008. Antes de esto no hay ningún testimonio, ningún objeto referencial de mi pasado. No hay una foto donde yo vea cuando era niño, ni algo de mis primeros años que le pueda enseñar a alguien... Y no me cae el veinte y no me caerá hasta que pasen los años y me dé cuenta... ¿Cómo regresar el tiempo a mi niñez? No sé, no estimo todavía suficientemente la importancia de no tener historia porque una parte de mí sigue creyendo que todo aquello aún está ahí. ¿Qué pasará cuando me case y quiera enseñarles a mis hijos quién era?... No hay nada de eso. Una parte de mí lo piensa y otra no lo asimila. Yo quisiera ver mi historia.

Me pasó como a mucha gente, perdimos objetos personales y fotos, principalmente, y algunos textos... Y ya no, no los hay... ¡Sólo contándolo! Es lo único que nos queda, fue lo único que no se perdió, la oportunidad de contar, la memoria, la vida...

*Benjamín González Sumohano*

*Jefe de redacción del periódico El Heraldo de Tabasco*



# Que mis hijos conozcan la historia

**GRABÉ DOCE DISCOS** de todo lo que pasaron en la tele sobre la inundación, ¡y hasta los comerciales! Le dije a mi mujer que aunque sea con estos DVD hay que hacer una memoria para que cuando nuestros hijos crezcan vean lo que ocurrió.

Realmente se siente tristeza por lo que sufrió mucha gente. Nosotros decimos: “Ellos perdieron sus cosas”, y pensamos que a nosotros no nos pasó nada. Pero si hubiéramos estado en los zapatos de aquellos hermanos que perdieron lo poquito que con tanto sacrificio fueron haciendo veríamos que dan ganas hasta de llorar.

Cuando vimos por la televisión cómo salía la gente nadando de sus casas, lloré junto con mi esposa... Es triste, totalmente triste, porque nosotros que somos pobres sabemos cuánto sacrificio cuesta adquirir, por ejemplo, un mueble o un aparato.

Al principio decíamos: “No pasará nada realmente”. ¡Y eso que vivimos en Tabasco y que hemos nacido aquí! Creíamos que no iba a pasar lo que pasó porque mucha gente con mucha más edad decía: “Mira, en el año de 1953 fue la última gran inundación, pero entonces no había cuatro presas”, y entonces uno piensa que está protegido porque sabe que ahora están todas esas contenedoras que captan bien el agua. Pero la mera verdad no ha-

68 bían ocurrido inundaciones como la de 2007. Antes se inundaba porque, por ejemplo, se tapaban las coladeras o no funcionaban los cárcamos o cosas por el estilo; o porque sucedía en algunos lugares donde ya era normal porque eran zonas bajas. Pero eran inundaciones... ¿cómo le diré?... ¡tolerables! Sin embargo en la actualidad una inundación como ésta no puede ser.

Hay que mirar lo que está pasando ahorita, nos estamos volviendo a inundar. ¡Y es que no puede ser! “¿Cómo fue que pasó esto?”, se preguntan muchas personas.

Desde aquí se veía a los damnificados que trajeron a la Deportiva, bajaban en helicópteros. Toda esta zona era una romería, pasaba la gente por todos lados. Eran tantos y venían tristes, como si vinieran de un velorio, con una bolsita de ropa, pasaban y pasaban... era algo desolador y yo decía: “Y uno también estando jodido, ¿qué podemos hacer?”

Si Dios quiere, si seguimos en el estado, porque yo quiero a mis tierras a pesar de que hay malos gobernantes, espero que en un futuro cuando mis hijos sean adultos y hagan una familia conozcan la historia y no se vayan a vivir a esos lugares bajos y también que se den cuenta de cómo actúa el gobierno.

Hemos caído en desgracia. De esto ya ni ganas te dan de hablar porque ya no sabes ni quién te va a venir a dar un balazo o una cuchillada. Ahí estaba hablando una señora en contra de los zetas y llegaron y le rociaron balas a su changarro. La que me lo dijo es la amiga de la dueña y no creo que sea rumor. Y aunque sea rumor, lo del periodista que acaban de matar, eso no es rumor, eso es un hecho real. El gobierno tiene que entender que estamos ya viviendo momentos difíciles para el pueblo y que estamos viviendo en una República, no en un comunismo ni en una dictadura, aquí hay libertad de expresión, ¿por qué voy a callar? Sin embargo, le pido que no ponga mi nombre.

*Padre de familia*

*Habitante de la colonia Atasta*

# El albergue cambió mi forma de pensar

**EL ALBERGUE CAMBIÓ MI FORMA DE PENSAR**, de ver, de actuar y de escribir... le ha dado una nueva lectura a mis ojos.

Aunque soy psicólogo de profesión y trabajo desde hace poco más de año y medio en una institución del gobierno, donde me dedico a escuchar en el consultorio a hombres, mujeres y niños, y también doy pláticas y dirijo grupos de reflexión, nunca antes había estado dentro de las instalaciones de algún albergue. Y ni siquiera pensé en algún momento en estar preparado para las demandas de ese lugar, pero aun así me aventuré como voluntario.

En parte creí que tendríamos más control de la situación porque conocíamos las teorías, pero lo que me parecía completamente desconocido y enigmático era el comportamiento de la gente dentro de ese espacio.

Al principio, antes que todo, ante el desbordamiento de los ríos lo primero que me pasó por la cabeza fue llevar ropa y víveres a los albergues que se implementaron cerca de la colonia donde vivo. Quería hacer algo más para apoyar pero no sabía bien cuál esquema seguir, bajo qué nombre llegar, qué decir o cómo actuar. Resultaba un acto fallido intentar moverse para un lado o para el otro en aquella situación, pues cuando lo hacía en algún sentido, la urgencia ya se había desplazado.

Mi hermano, mi primo y yo decidimos ayudar llenando costales de arena en el bordo que se construía entre la calle Pagés Llergo y la avenida Ruiz Cortines, pero fue un intento fallido de colaboración porque faltaba arena. Entonces, movido por la adrenalina de esos momentos, me dirigí al albergue más cercano, el que estaba en el casino del pueblo, y ahí hice otro intento de ayuda que resultó igualmente fallido porque, según me dijeron, ya estaban bien organizados y no necesitaban voluntarios. Yo no lo podía creer. Fuimos entonces a otro albergue que no tenía coordinador, y ése fue el tercer intento fallido de ayuda, lo único que pudimos hacer fue avisar a los vecinos de la colonia López Mateos que llevaran colchas y medicamentos... Así había terminado nuestra labor como voluntarios aquel día; más bien parecía un mal chiste porque fue casi nula nuestra ayuda, ya que en ninguna parte había vacantes para voluntarios. No nos quedaba más que reírnos de nosotros mismos en tan penosa situación.

Estábamos a punto de retirarnos cuando le hablé por celular a mi primo Manuel para saber cómo le había ido en el llenado de costales en la zona donde se encontraba. A él le había ido mejor, tenían arena. Pero anexo a esa información, se adelantó a decirme que ya se habían caído varias partes del bordo recién montado en el Centro. Las barreras de costales se estaban vendiendo.

Todavía no sabía la magnitud del problema hasta que llegamos a ver la pendiente del fraccionamiento Arboledas: el agua estaba subiendo y amenazaba con rebasar la gran elevación. Nos inquietó asomarnos a la avenida Méndez y verla con el agua a unos metros de llegar al inicio de su pendiente y con la gente alarmada saliendo de sus casas. ¡El agua ya había entrado con fuerza al Centro y avanzaba hacia nosotros! Ahí me di cuenta de que ése era mi límite para decidir escapar de una inundación peor a punto de ocurrir.

Hasta antes de ese momento no me había dado cuenta de la medida de la desgracia. Al principio mi adrenalina me decía que debía ayudar, pero después de ver aquello sentí que tenía que huir de ese lugar.

Me fui con mi familia a la casa de unas amistades en Huimanguillo, ahí pasamos lo peor de la inundación y el Día de Muertos. El 5 de noviembre quisimos regresar con todas las energías del mundo para ayudar a la gente damnificada otra vez. Pero veníamos en la carretera a la altura de Cárdenas cuando nos enteramos de que se había desgajado un cerro en Chiapas y la

gente decía que debido a esto el municipio de Huimanguillo, o mejor dicho todo Tabasco, desaparecería en pocos minutos. Me puse muy nervioso, no sabía qué hacer. Quisimos pensar que sólo era un rumor más y decidimos seguir camino a Villahermosa con ese temor como un nudo en la garganta.

Teníamos muchas ganas de descargar la adrenalina llenando y llevando costales de comida y víveres. Estábamos ansiosos por movernos cooperando y sudar hasta el cansancio. Pero tuvimos que esperar tres horas para que nos permitieran colaborar. De mi trabajo nos habían canalizado a una bodega y comenzamos a llenar los costales de frijoles, arroz, aceite, papel de baño, pasta de dientes, leche, harina, chocolate, galletas... ¡de todo! Al final ya habíamos hecho nuestra tarea más valiosa del día, pero cometimos un gran error: acompañar a la brigada a dejar la despensa a Boquerón, una comunidad lejana, aislada por el agua, sin luz y enojada por viejos conflictos políticos. Nosotros no conocíamos la situación. Todo empeoró cuando nos cayó la noche y aun así salimos por la aventura, sin saber que nos llevaba entre las patas un conflicto que ponía en peligro nuestra integridad, pues había mucha tensión. Pasamos malos momentos pero la situación no se salió del límite, ni se desbordó la violencia como temíamos. Todo se pudo remediar con poner delante un costal de despensa a la persona o personas que se nos acercaban.

Este día fue clave para mí, pensé destinar nuestra ayuda a otro espacio mejor palpado y conocido por nosotros, o al menos eso creía... Nos adentramos a lo desconocido del albergue donde se jugaban nuestras escenas temidas de que la situación se saliera de control, como si el ambiente estuviera por devorarnos ante el escenario social en que nos inmiscuíamos e implicábamos: violencia intrafamiliar, social, sexual, delincuencia, drogadicción y alcoholismo eran sólo una pequeña muestra de lo que se nos venía encima con todo y el agua, y aún peor, porque era un espacio idóneo para el caos y la locura debido al hacinamiento de las personas que vivían su propia tragedia.

Pienso que la inundación no solamente trajo a flote las cosas materiales, como los muebles y los electrodomésticos, sino también los problemas sociales que vive la gente en las colonias populares, la gente que fue más afectada. Esto hizo emerger un pequeño muestreo de la realidad social en Tabasco. La verdad había estado latente y era un mal común conocido por todos: las demandas sin responder, los políticos corruptos que venden cam-

72 pañas baratas en ideas y altas en precio, el rezago social, la violencia, las injusticias, la pobreza, el bajo nivel educativo, entre otros. La gente está harta y enojada, la clase media baja sufre el síntoma de la violencia en todos sus sentidos desde hace mucho tiempo; era hora de escuchar su testimonio, su propia historia.

Por eso nuestra forma de intervenir primero fue por medio de dinámicas de juego y luego en grupos de reflexión y terapia individual con niños y adultos. Intentábamos hacer un lugar a la dimensión de la palabra y de la escucha a diversas historias que en conjunto nos hablaban de los males del hacinamiento, la distribución de la comida y en general de la vida cotidiana. Incluso, de lo que menos querían hablar era de la inundación. Ellos decían que estaban acostumbrados a vivir con el agua pero que “esta vez se le pasó la mano”. No creían que todo llegaría a dimensiones catastróficas.

Fue difícil escuchar cada historia pues cada una tenía un peso social y dramático, pero tener el espacio para darle lugar a cada caso era de gran necesidad para su propia salud mental, y la de nosotros también, ante los problemas del día a día dentro del albergue. Resultaba desgastante. Cualquier ocasión era un buen pretexto para desatar la furia y el enojo, cualquier cosa podía provocar un pleito, en cualquier momento estaba propensa la explosión de la violencia entre los albergados.

En los grupos de reflexión noté que las personas comenzaron a crear y a transmitir historias que se convirtieron en leyendas. Yo creo que no tenía mucha importancia saber si eran verdaderas o no, lo curioso es que existían y se repetían en todos los grupos y en todas partes. Eran los famosos rumores. Algunas de estas historias giraban alrededor de la muerte, especialmente por ahogamiento. Una de las más repetidas fue la de una señora que, en medio de la inundación, con el agua arriba de la cintura perdió a su hijo cuando se lo arrebató la corriente del río. Esta historia la contaban con ciertas variaciones, en una versión la señora iba con un televisor en una mano y el niño en el otro brazo, y en otra versión no era una señora sino un señor; también decían que eran dos niños, mientras tanto otros aseguraban que todas las historias eran similares pero verdaderas.

Recuerdo que la leyenda más común era sobre una señora que por las mañanas se iba a trabajar y dejaba solitos encerrados con llave a sus hijos y entonces vino la inundación y “los niños se ahogaron dentro de su casa”.

Otros aseguraban que mientras habían sido rescatados pudieron ver cómo algunas personas ante la desesperación se tiraban al agua y terminaban siendo arrastradas por la corriente. Historias de lancharos que veían flotar los cadáveres de la gente, historias de personas que habían escuchado de gente “cercana” cómo el ejército, por las madrugadas, se dedicaba a sacar del agua los cadáveres para después llevarlos a la fosa común...

Yo me pregunto ¿cómo no creer estas historias? Y si no son verdad, ¿por qué las inventarían? ¿Acaso los albergados querían hacer su propia novela para darse un “lugar especial” y crear su propia realidad en el albergue? ¿Por qué darle lugar a los mitos? Y si todos los rumores fueran ciertos, ¿por qué el gobierno nos ocultó la información? Yo creo que, después de todo, la verdad se juega en una dimensión distinta: donde la mentira y lo real se parecen tanto, donde cada quien vive su realidad. Aunque esto no justifica que sólo se dé por verdad la “versión oficial” de los hechos, ¿cuál es la verdad de cada quien?

*Ignacio de Alba Hernández*

*Psicólogo. Dirección de Atención a las Mujeres del Centro*

# No aguanto ver tanto dolor

**COMO SOY MAESTRO DE PRIMARIA**, de la Secretaría de Educación me solicitaron que me reportara en el albergue de Atasta. Creamos un plan para que los niños se entretuvieran y no perdieran muchas clases, entre todo lo demás que ya habían perdido. Ellos dibujaban, por ejemplo, a su papá pero no a su mamá y decían: “dibujé a todos menos a mi mamá porque ella no aparece, se perdió en la inundación”. ¡Y lo decían así! Yo me bloqueaba, no sabía qué hacer. Simplemente continuaba con el guión didáctico pero me quedaba con la preocupación de que algo tenía que hacer con eso. Quizá el hecho de que yo no perdiera mis cosas y de que todos mis familiares estuvieran bien no me permitía tener la misma visión que ellos. Entendía que estaban pasándola mal, eso era obvio...

Cuando la gente la pasa mal, hállese de una inundación o lo que sea, está dolida por las pérdidas, y en mi caso yo tengo una bronca con las pérdidas bastante seria... Nunca voy a saber si vivieron lo que yo sentí, pero sé que la pasaban mal.

Cuando meses antes murió un amigo de mi edad, muy querido, viajé a Tenosique a despedirlo. Recuerdo que lo vi en la caja y mi mamá me decía: “si quieres llorar, llora”. Pero no podía, y no era que no lo sintiera... Yo creo que tiene que ver con la manera en que viví la primera pérdida. Cuando



76 tenía cinco años, tenía un amigo de mi edad, muy cercano, que se llamaba Ricky y que de pronto dejó de ir a mi casa.

Mi mamá ya sabía lo que había pasado pero yo insistí tanto en verlo que ella me llevó. Cuando llegamos ya lo estaban sacando de la iglesia. Mi mamá me dijo que Ricky iba ahí, que no me iba a poder saludar y que sería la última vez en que podría despedirme de él porque estaba dormido y no se iba a volver a despertar...

Mucho después en una clase de ciencias naturales en la primaria, entendí que mi amigo había muerto... Por eso quise ser maestro, me pareció muy importante aquella explicación del profesor, esa visión biológica de la muerte.

Yo sé que voy a morir, tampoco me da miedo, pero sí me duele cuando no me muero yo, pues si yo me muriera no habría problema...

Ahora, frente al ataúd de mi amigo yo me decía: "más tarde sufro". Y así fue hasta el fin de año en que, con una gran calentura, me sentía muy triste, pero no sabía por qué, hasta que me cayó el veinte de que era por la muerte. Sentí que extrañaba a mi buen amigo... y a la semana siguiente murió mi vecino en México también, y fue otro duro golpe. Y unos días después también perdí a otro amigo. ¡Fueron tres semanas perdiendo amigos muy queridos! Yo estaba entumido, como que el dolor llegó a un límite en que ya no sentía nada, de tantas pérdidas como que ya no puedes más. Estuve así como zombi todos esos días tratando de digerir lo que pasaba, y ya tenía miedo de que comenzara otra semana.

He aprendido a soltar lo que está en el fondo del dolor y es lo que me pasa en la cabeza cuando estoy enterrando a un amigo. Lo dejo partir con mucho honor y mucho orgullo por haber compartido momentos invaluable, muy gratos, con excelentes recuerdos, es una manera de decirles adiós... ¡y no me gustan los funerales! Lo tengo comprobadísimo, sobre todo durante el entierro. Pero es como la angustia que tengo que pasar para poder decirlo, no me gusta ver cómo se caen sus hermanos, cómo se doblan sus papás... pero ahí estoy.

Después vino la inundación y creo que lo que yo sufría por mis pérdidas puede ser como lo que sentían los otros, aunque no necesariamente tenía que ser por la muerte. En la inundación la pregunta entre todos era "¿te fuiste al agua o no te fuiste al agua?" Y luego, cuando hablaba con militares

me contaban cosas de cuando iban a rescatar a la gente. Nunca salieron a la luz pública en los periódicos que yo leí, tampoco se habló de muertes físicas, pero nunca sabré si fue verdad o no lo que escuché. Llegaron a decir que encontraron combis volteadas con gente adentro, gente que se quedó atrapada porque tenía la costumbre de dejar la llave en la planta baja y luego irse a dormir... (¿cómo buscas una llave cuando ya se inundó?), otros que iban en unas lanchas, señores que se ahogaron por rescatar una tele y otros que venían con los niños cargando y se les caían...

Los militares contaban eso y yo veía que les afectaba, pero en ese momento el papel de ellos era seguir adelante y tener el menor número de pérdidas humanas. A mí me ponía a pensar el hecho de que prefirieran morir por una televisión, pero luego no me sorprende tanto cuando veo que quieren perder lo menos que se pueda cuando ya lo perdieron todo...

Los militares hablaban de gente que había muerto, los periódicos no. Y no sé si toda la gente que buscaba a sus familiares al final los encontró. Era la pérdida, la muerte, el dolor, había un ambiente muy fúnebre. Tanto que llegué a decir: "¡Ya basta!, ya no aguanto ver tanto dolor, ya no aguanto ver a tanta gente sufriendo".

Me desconectaba un rato, sabía que no podía evitarlo, a donde yo me moviera todo estaba centrado en ello, buscaba salirme del albergue, ponerme a leer... si había alguna junta con los de SEP me iba, quería desconectarme pero finalmente seguía trabajando para la cuestión de la contingencia...

*Evgueni Pinto Torruco*

*Profesor de educación básica*

# Se pierde el momento informativo

**A MÍ ME ABSORBE LA BÚSQUEDA DE INFORMACIÓN.** Antes de la inundación estaba cubriendo lo del accidente de la plataforma del Usumacinta, e incluso durante las primeras lluvias me dedicaba a entrevistar a los sobrevivientes en una clínica de Pemex, en Comalcalco. En las oficinas del *Reforma* me pedían más información de la tragedia en la plataforma, pero tuvieron que entender que se estaba inundando el estado. En 1999 pasó al revés, no comprendían lo catastrófico que significaba una inundación en Tabasco y casi me castigaron porque no estaba cubriendo un daño colateral de la inundación que fue un motín en el penal y que dejó diez muertos.

Entonces, esto es lo que pasa en los medios de información, es como jugar cartas: una reina mata a una jota, y así un nuevo tema absorbe a otro. Ahora se junta el recuerdo de la inundación del 2007 con la tragedia que estamos viviendo con la autoridad, el narcotráfico y una nueva inundación inminente.

Mi vida como reportero es muy digestiva, se trata de aterrizar muy bien las notas. Llega el tiempo en que me involucro menos emocionalmente, pero hay momentos en que debo ayudar a la gente y hay veces en que hasta puedo anticipar lo que va a ocurrir.

Hay momentos en que uno prefiere ir acompañado de fotógrafos, pero también hay gran competencia. Es algo que deseo hacer bien aunque estoy contra reloj todo el tiempo, a las tres y media debo mandar adelantos y a las siete nos piden algo nuevo. En el caso de un periódico no te pueden esperar a ver si te inspiras o no, tiene que estar la información a presión y hay que estar consciente de que en una tragedia muchas veces la nota de ayer es rebasada por otra en poco tiempo, como fue con lo del canal de San Juan de Grijalva con relación a la inundación que estábamos viviendo aquí.

Enviaba nueve o diez notas diarias, dormía tres o cuatro horas al día, perdí peso, me desconecté de la vida familiar... Mi casa se convirtió en albergue, pero todos comprendieron mi labor. Mi hermana tuvo que ser la proveedora y atender a los damnificados que teníamos refugiados. Yo nada más venía a dormir y salía corriendo todos los días. Varios de los reporteros nacionales enviados se tuvieron que regresar porque no aguantaron el ritmo, las rozaduras de las piernas, los hongos en los pies, el cansancio, la tensión nerviosa... A mí prácticamente me obligaron a descansar después de cuarenta días de cobertura.

A pesar de mis años de trabajo me impresioné, me invadió el sentimiento de emotividad cuando vi la cantidad de damnificados, pero no llegué a nada que interrumpiera mi labor informativa. Tenemos que ser fuertes.

Meses después, una persona me aseguró que perdió a su hijo en Sabinas. Otra persona que vino de Coatzacoalcos también me dijo que había perdido a un familiar, pero son gentes con las que a veces no hay la oportunidad... Se pierde el momento informativo... Hay momentos de efervescencia en los que se puede aclarar si hubo uno o diez muertos, pero ya no es nota. Yo digo que en el caso informativo los heridos o muertos se reportan durante la tragedia, aunque en términos de investigación social o históricos sí pudiera tener trascendencia reportar el número de muertos después del acontecimiento. Pero para lo que se vivió de tragedia hubo otros eventos dramáticos, como todas las pérdidas en general.

*Carlos Mari Vázquez*

*Reportero del periódico Reforma*

# Tenía que dar testimonio

**EL TESTIMONIO ES IMPORTANTE.** Una imagen periodística no se puede desmentir como un discurso o un boletín. La fotografía y el periodismo son la memoria colectiva y eso es importante. Para mí era necesario tomar fotos mientras sacaban del agua el cuerpo de la señora que encontraron en el Centro, pero nos venadearon. La habían llevado a la Procuraduría, donde le hicieron la autopsia, y pudimos verla en la plancha pero ya no tenía sentido fotografiar eso.

Los días previos yo estaba trabajando normalmente. Pensé que se inundarían las zonas bajas, como toda la vida. Cada año he tomado fotos de inundaciones, pero esto comenzó a crecer sin tener punto de comparación. De inmediato tenía que enviar imágenes a la agencia internacional para la que trabajo.

Primero visité la colonia Casa Blanca y, aunque estaba filtrándose el agua del río, no creí que pasaría lo que ocurrió al día siguiente en ese mismo lugar: caminaban con el agua hasta el pecho. Fue muy impactante cuando vi el Centro y sus alrededores inundados con varios metros de altura. No me interesaba fotografiar los comercios, sino a la gente, los rescates... Acabé realmente deprimido después de un mes tomando fotos de todo lo que vi, es bastante fuerte, emocionalmente es muy desgastante... Tal vez los que

82 vienen de fuera no viven lo mismo porque pronto se van, pero uno que está siguiendo todo el acontecimiento y además se queda a vivir aquí... ¡es muy fuerte!

Yo buscaba la manera de hacer el trabajo para que quedaran testimonios; era algo que tenía que hacer en el momento, no podía decir: "lo hago mañana". La gente sufría sola, eso es lo más impactante. El esfuerzo de toda una vida lo perdieron en menos de media hora y en mí se desataba la adrenalina por estar cubriendo todo aquello. Me deprimía por ver y escuchar todo el sufrimiento, pero tenía que hacer la imagen. Ahí está la importancia de los medios: la difusión sensibilizó a varios países y a todo México, eso fue clave.

Sé que corría riesgos, pero no me daba cuenta. Cuando tomé la panorámica desde el helicóptero me pusieron cinturones de seguridad, pero iba con la puerta abierta y a la orilla. Después pensé que pude haberme caído, pero en ese momento sentía que no me iba a pasar nada... Ahora que veo mi trabajo publicado pienso que valió la pena porque la gente se entera y se sensibiliza. Eso era lo importante, aunque fue una tragedia tan grande que no cabe en una foto, pues no hay una sola perspectiva que englobe todo lo que pudo pasar...

Especialmente, recuerdo que iba en helicóptero cuando subieron a una señora que lloraba y luego subieron a un niño con síndrome de Down gritando muy fuerte y se tapaba los oídos porque no aguantaba el ruido del helicóptero, que era uno de los militares, o sea, gigante. Yo casi no hablaba con ellos, era muy duro. Pero al subir, el niño que lloraba de pronto se me acerca y me abraza, y yo con la cámara entre manos, enfocando, me quedé impresionado, me desconsolé, tardé en reaccionar. No aparté la cámara inmediatamente, dudé en abrazarlo, pero lo hice un instante... La policía les daba indicaciones de que se sentaran inmediatamente pero la gente andaba totalmente fuera de sí. Esa escena me angustió mucho pero no me podía doblegar, tenía que hacer las imágenes, tenía que dar testimonio... Aunque sí pensé por un momento que tal vez debería tirar la cámara o hacerla a un lado, pero ahí se jugaba mi responsabilidad con la memoria. Pensé que si no tenía evidencias de todo eso, no contaba...

Pero el niño atravesó mi cámara... sólo fue un instante, fue demasiado rápido, llorando daba un grito de angustia que tanto me impactó que ni siquiera calibré bien la velocidad de la imagen en ese momento. Le tomé una

foto después con su madre y sus hermanos, pero salió movida... Ese tipo de cosas es donde queda la ventaja del recuerdo en la imagen y el corazón abierto... 83

*Gilberto Villasana Silván*

*Fotógrafo de la agencia France-Presse y de la revista Proceso*

# Todavía hay mucho que decir

—**TODAVÍA HAY MUCHO QUE DECIR.** Cuando todo esto sucedió sólo nos quedaba hablar. En todas partes había rumores. Es natural, uno busca una explicación a su realidad y de alguna forma todos estábamos viviendo la inundación con incertidumbre.

—Todavía lo tengo en mi mente y no hallo explicación... estaba la unidad central de los militares a unas cuadras de mi casa. Me encontraba en esta ventanita viendo hacia la calle, como ahora, y sentía que todo aquello era como... no sé, como una película... Mi hija que tiene diez años también lo vio: pasó un camión gigantesco con un montón de gente arriba, todos mojados y decaídos... sus rostros transmitían no sé qué... estupefacción, *shock*, impacto. Hasta ese momento reaccioné: ¡Dios mío, ¿qué está pasando?! Era algo difícil de describir, muchos habían salido sólo con lo que traían encima... tengo muy grabadas esas caras, esas miradas al vacío, a la nada...

—Sin duda es una experiencia impactante, casi como estado de guerra: escasez, desorden, desplazamientos, éxodo...

—Lo del año pasado fue una catástrofe y lo que se viene ahora, pues no sabemos. Yo sentí mucha impotencia y desesperación al ver a la gente sin saber qué hacer... mucha tristeza por todo lo que estaba pasando. En el trabajo suplía la labor de otros que no podían llegar, le hacía de todo: de recep-



86 cionista, de facturista. ¿Y dónde estaba el tesorero? Pues inundado, sacando sus cosas. Yo me sentía más desesperada estando en mi casa que en el trabajo, aunque estuviera muy cansada, no podía quedarme quieta.

—En las zonas “altas” de la ciudad, los que teníamos gente refugiada en nuestras casas vivimos todo un cambio, los niños no iban a la escuela y algunos de nosotros tampoco al trabajo. Todo se convirtió en la cuestión de volver a lo básico, de sobrevivir... eso fue una experiencia diferente, pues dentro de la tragedia vivíamos como en excepción, hacíamos comunidad. Nos apoyábamos unos a otros y comíamos mucho.

—Como cuatro días tuvimos que recolectar agua de lluvia y racionarla, nos bañábamos con una cubetita. Con el agua que usaba para lavar trastes con esa misma trapeaba la casa.

—Ahora valoro más el agua. Yo creo que en ese momento me di cuenta del respeto que uno le debe tener, y a la naturaleza, pues el hombre por pelear por el poder ha descuidado muchas cosas...

—Anteriormente a lo mejor preferíamos cerrar los ojos e ignorar lo que sucedía, sin querer enterarnos de nada. Y ahora tienes que vivir con eso, “acostumbrarnos a vivir así, con el agua”... Todos decimos eso, pero nosotras no fuimos afectadas, no perdimos nuestra casa y yo no sé cómo será la experiencia de los otros...

—El problema es que el gobierno dice que todo está bien y bajo control. Pero te asomas a ver y no es así. A mí me daba mucho miedo cuando decían que no iba a pasar nada. ¿Cómo creerle a un hombre que dice que no hay ningún muerto? Me parecía insólito... ¡Ya no sabía a quién creer!

—¿Qué pasó con toda esa gente que perdió a su familia? ¿Dónde está? ¿Dónde está su voz?

—Siento que entre la gente hay como una intención implícita de olvidar pronto lo que pasó. Pero hay cosas que nunca se olvidan. Yo tuve miedo, ¿por qué negarlo?

*Verónica Fuentes y Victoria Pérez  
Testigos en la colonia Atasta*

# De la muerte y de lo que no se puede hablar

YO PARTICIPÉ ORGANIZANDO las labores en el albergue que se montó aquí en la universidad. Lo que a mí me llamaba fuertemente la atención tiene que ver con los familiares ausentes.

Cuando las familias se desintegraron a la hora de salir, o durante el rescate, venían aquí preguntando por los otros, por los suyos, por los que se habían perdido en el camino o se habían quedado en sus casas. Preguntaban con angustia, no sabían si sus familiares estaban en los albergues o no habían podido salir. Había quienes intentaban regresar a sus casas, con todo y las dificultades del acceso para ver si encontraban a la persona... o al cadáver. Ellos necesitaban ver, o que alguien les confirmara, ¡que alguien les dijera algo!... Y por otra parte el gobierno insistía e insistía en que no había muertos, pero la gente sabía que sí, porque los había visto.

Dice Sabines: “Qué costumbre tan salvaje la de enterrar a los muertos”, pero Lévi-Strauss dice que nos humanizamos, que nos volvimos diferentes, cuando aprendimos a enterrar a nuestros muertos.

Yo veo que hay una necesidad de constatar el fin de algo, pero hay también una reiterada negación a que nos muramos nosotros, o alguien a quien queremos, porque no podemos aceptar que todos nos vamos a morir. Y si ya

88 es muy difícil aceptar la muerte de alguien a quien amamos, mucho más difícil es aceptarla si no la vemos en lo real, si no vemos el cuerpo...

Entonces, mi constante observación y lo que quisiera en algún momento tratar de pensar es esa aparente negación de la muerte, pues nadie quiere hablar de ella, al menos “nadie” en primera persona. En cambio la muerte cada vez busca manifestaciones más crudas para estrellarnos en la cara que está ahí. Por ejemplo ahora, en esta situación de la violencia que está muy presente en las noticias... Creo que no estamos listos y nunca lo estaremos...

A mí me daba mucha rabia esto, me enojaba mucho el asunto de no poder hablar claramente de la muerte. Yo tengo que analizar cuál es mi relación con eso por supuesto. Porque a mí me queda claro que mi duda de los últimos años es pensar cómo las personas, y también las instituciones, tienen esa relación curiosa de miedo y odio a la muerte pero, al final de cuentas, también de mucha veneración; es decir, por una parte hay un culto de la Santa Muerte que es, precisamente, buscar tenerla “de nuestro lado”, pero por otra parte nadie quiere pensar en la muerte...

Sabemos que hay un capítulo completo en *El laberinto de la soledad* en el que Octavio Paz habla de cómo los mexicanos hacemos tanta fiesta a la muerte, de cómo la ponemos en un lugar muy especial: el lugar de lo que no se puede tocar. Tanto, que no se debe ni hablar de ella, porque “no vaya a ser que venga y nos lleve”. Esto es también institucional, lo que te digo es como cuando desaparecieron los muertos en el 68 o en la dictadura en Argentina. Cuando estudié la maestría fui compañero de una muchacha que era hija de un desaparecido: nunca regresó su papá, se lo llevaron. Así, en seco. Algo como los secuestros de ahorita...

Hay una situación durante las inundaciones que no me consta, que no puedo decir que yo la vi, además porque no me vayan a desaparecer a mí también, pero pareciera que se trata de hacer una limpieza, no sólo en el discurso, al decir: “No hay un solo muerto”, sino también en lo real, al llevarse los cadáveres a quién sabe dónde y con ello tratar de negar... llevarse la muerte a otro lado. Creen que con eso la gente puede olvidar, pero los que siguen esperando que aparezcan los cuerpos de sus seres queridos no van a olvidar.

*Rubén Darío Salas Hernández*

*Psicólogo*

# “Saldo blanco”

TENGO TODAVÍA LA ESPINITA DEL POR QUÉ... ¿Por qué, a pesar de que muchos vimos a varias personas morir, finalmente se dijo que había “saldo blanco”?

Apenas comenzaba a estudiar la carrera de medicina. Yo no creía que se fuera a inundar el Centro porque un día antes había estado ahí y en apariencia todo estaba normal. Pero fijándose bien ya parecía un pueblo fantasma: no circulaban personas ni carros, comenzaba a haber filtraciones en las calles y el ambiente se sentía escalofriante.

Después, cuando vi la inundación, no lo podía asimilar. Me enlisté como voluntario de la Cruz Roja porque también soy técnico en urgencias médicas. Fue impresionante, las personas estaban desesperadas y al verme con el uniforme se lanzaban sobre mí como si estuviera salvándolos de algo terrible. Yo estaba muy inquieto por todos ellos.

Todo lo que pasó ahí me ayudó a conocerme porque no sabía hasta qué punto podía ayudar a los demás, ni tampoco cuánto ellos me podían ayudar a mí... Pasaron muchas cosas que me hicieron poner los pies en la tierra... Cosas que me impactaron...

En la colonia Gaviotas iba en una lancha con tres compañeros y dos instructores. Comenzaba a oscurecer y, después de haber sacado a mucha

90 gente, estábamos a punto de retirarnos. Pero de pronto vimos a tres niños pequeños arriba de una escuela. Ahí se habían quedado solitos, temblando. Cuando nos acercamos sentí algo que no sé describir... estaban desesperados, tenían miedo, se nos aventaron a los brazos. Al verlos me dio una sensación enorme de tristeza. Quería saber qué les había pasado a sus papás, ¿seguirían vivos?... no sé... no sé... me quedé en *shock* al verlos...

Habían muchos rumores sobre los muertos, por eso les pregunté a los soldados cuántos fallecidos tenían reportados. Sentí que dudaron en contarme; sólo me dijeron que esa información no me la podían dar, pero que era posible que fueran grandes cantidades. Entonces comencé a preocuparme bastante...

Y luego yo mismo vi uno de los cadáveres.

Fue el segundo día en que fuimos a recorrer Gaviotas. Como la corriente traía mucha fuerza empezamos a remar. Eran como las tres de la tarde, vimos algo como si fuera un tronco, pero nos impresionamos cuando intentamos moverlo y jalamos una mano... Era un señor. Quisimos sacarlo por el brazo pero estaba atorado... No sé ni cómo decirlo... la corriente estaba tan fuerte que ni siquiera tuvimos la oportunidad de sacarlo, desapareció. No sé cómo explicarlo, no sabía si creerlo o no... ¿Era verdad lo que estaba viendo?... Pasaron muchas cosas por mi cabeza, pensaba que ese señor hubiera podido ser alguien a quien yo conociera, alguien con quien tal vez había convivido...

Tengo muchos amigos que viven en Gaviotas. Me ponía a dudar, ¿podía una persona cercana a mí encontrarse en una situación como ésa?, entonces comencé a preocuparme más.

Después también vi a un niño como de seis años arrastrado por el agua, eso fue más fuerte para mí. ¿Cómo le explico? Él no sabía nadar, estiraba sus bracitos tratando de buscar ayuda desesperado... pero lo vimos de lejos... Nadie dijo nada, nos quedamos sin poder creerlo...

Antonio de Jesús Arrinda Vázquez  
Voluntario de la Cruz Roja

# Esa agua sigue en mi casa

**YO VI MUERTOS.** Como cinco o seis, yo los vi. Los sacaban en las noches, los metían en bolsas y los llevaban en camiones no sé a dónde.

Fue impresionante la primera vez que vi a una persona ahogada. Es una de las experiencias más feas que he tenido... pero a como voy pasando los días ya lo empecé a sacar de mi mente, pues trato de bloquear esa imagen.

Antes no podía dormir porque es feo ver a una persona así, se empiezan a esponjar y se les notan las venas y todo eso. Tuve mucho miedo, me dio tristeza porque creo que era gente humilde, gente olvidada...

Yo era voluntaria de la Cruz Roja pero me hice amiga de los buzos y los convencí de que me dejaran acompañarlos a las zonas más alejadas. Quería ir porque siempre me ha gustado ver qué hay de verdad en las cosas, no me gusta que me cuenten.

Al principio sentí miedo porque estaba todo muy oscuro y sabía que habría animales pero traía puesto el traje de buzo, más dos chamarras encima porque había mucho frío y también moscos. Vi vacas muertas, perros, cochinos, gallinas, pavos, ¡de todo!

Los animales flotaban de lado, pero la gente flotaba boca abajo...

Todo aquello me hizo asimilar que voy a ser médico y que ese tipo de cosas no tiene que afectarme, por eso como mi mamá es psicóloga me da

92 terapias. Me dice que escriba todo lo que sentí al ver esas cosas. Y así lo hice, hasta que fui dejando poco a poco la imagen.

Es algo perturbador, además de lo que vivimos en mi casa donde también perdimos todo. Yo vivo en el Centro, cerca del malecón. El treinta y uno de octubre, a media noche, regresábamos a la casa después de llenar costales de arena, cuando vi que por una de las coladeras se quiso meter el agua: salían cucarachas, salía de todo. De pronto, en cinco minutos dentro de mi casa me llegaba el agua a la rodilla. No pude sacar nada. Mi casa se fue hasta el techo. Salimos de ahí con el agua hasta el ombligo y yo no quería encontrarme ningún bicho.

Era raro ver todo eso: el agua negra... mi ropa... ¡todas las cosas flotando por el patio de la casa! Los tanques de gas flotando, el refrigerador flotando... veía cómo salían los trastes por la ventana... el agua alzaba las cosas pesadas como un trapo.

Me duele recordar todo lo que mi mamá con trabajo y sacrificio sacó adelante para nosotros porque ella es divorciada y ha luchado sola. Después recuerdo mi casa vacía, llena de restos, de aguas negras... y pienso en los muertos que vi, y en todos esos animales... y esa agua sigue en mi casa.

Quiero ver mis cosas, mis recuerdos; las fotos de cuando era niña estaban todas escurridas, los videos del kínder bailando de florecita, todo, todo destrozado... lo único que me queda es recordarlos. Todo se fue, y eso es vivir con la psicosis.

Como ahora que está lloviendo otra vez. Empezó el terror de nuevo. Y es volver otra vez a lo que viví hace un año, es angustiante... la forma en que sacan a la gente de sus casas... las torretas sonando y gritando "¡salgan, salgan!" Siento que en cualquier momento se llenan los ríos y vuelve a pasar aquello. Al menos ahora ya no nos van a tomar desprevenidos, ya no.

*Leticia Soberano Quevedo*

*Estudiante de medicina*

# La inundación está en otra parte

**PREFIERO NO HABLAR DE LA INUNDACIÓN**, pero ¿cómo no hacerlo? Aún me siento invadida. El recuerdo de aquello me sigue inquietando. Creí que todo había pasado, o que al menos comenzaba a pasar. Pero este año volvieron la zozobra y la angustia, no sólo por las aguas sino también por la sensación de inseguridad en el ambiente, las amenazas de secuestros, la violencia... En Villahermosa la gente me dice: “Señorita, ¿por qué anda sola? Es muy peligroso”... La vida se ha convertido en rumores y tensiones constantes.

Aunque yo no fui “damnificada” en el 2007, viví con mucha ansiedad y expectativa aquellos días. Creo que así como las aguas dejaron marcas de lodo en las paredes, señalando el nivel que alcanzaron y a veces rebasando las casas, lo que pasó me marcó la vida. Nunca antes me había dado cuenta con toda intensidad de lo que significa vivir en Tabasco.

A veces me pregunto dónde está la verdad. Es difícil pensar que los lugares que frecuentaba en Villahermosa estuvieron anegados por varios días. Tuve la sensación de haberme librado por instantes cruciales porque corrí a tiempo a mi pueblo a refugiarme, y ahí no nos inundamos. Pero no me sentía bien por eso, más bien estaba bastante incómoda, en medio de la relativa tranquilidad de mi casa donde “tan sólo” llovía y llovía...



Esto que digo ahora me recuerda una película en la que vi testimonios sobre el Holocausto: entrevistaron a una mujer que decía sentirse culpable de haber podido huir y de no haber muerto en los campos de concentración, como según ella debió haberle ocurrido para padecer lo mismo que todos sus familiares... ¿Por qué sentir “culpa” ante eso? Yo digo, más bien, sentir inquietud, desasosiego, vergüenza... ¿Y vergüenza por qué? Tal vez porque uno siente que no sabe entender, que no sabe cómo actuar, aunque algo se agita por dentro; es como una necesidad de no creer en las evidencias y no querer leer y no querer saber lo que ocurre. Y esa incredulidad, o resistencia a ver, después del acontecimiento, produce mucha vergüenza.

Pero ¡¿quién podía creer las imágenes que difundieron los medios?! A pesar de que las coberturas de información locales y nacionales, los avisos informativos y el estado de excepción nos mantenían todo el tiempo en vilo. Se corrían tantos rumores que tenía miedo de todo, y por momentos ninguna “exageración” sonaba demasiado aberrante o imposible.

En especial, recuerdo que tuve un sueño que aún no puedo olvidar: me encontraba en la estación de salida de una ciudad fronteriza cuando a lo lejos veía con sendas maletas a dos amigos muy queridos que estaban a punto de viajar. Había gran revuelo, gente iba y venía con agitación y el espacio comenzaba a saturarse. De pronto se me acercó una maestra, que es también mi psicoanalista, y mirándome de frente me tomó las manos y me dijo con voz firme y clara: “¡Corre, hay que correr! ¡Tengo información!”

En ese momento desperté temblando, escuchando el imperativo del sueño resonar en mis oídos. Era una orden y la sentí tan real... ¡Pero cómo hacerlo! ¿Qué iba a sacar? ¡Mis papeles importantes! ¿Pero cuáles? ¿Los documentos oficiales o mis escritos? Mis fotos, las cartas de mi papá, todas sus memorias y los álbumes de mi abuela... Por otra parte no tenemos coche, ¿a dónde iríamos? ¿Cómo íbamos a dejar la casa? ¿Y mis otros familiares? ¿Quién vería por mis tías mayores?... Con todos estos pensamientos yo temblaba y daba gracias a Dios de que mi padre no estuviera pasando estas angustias. Este tipo de noticias lo apesadumbraban mucho.

Recuerdo lo que pasó en 1999. El día en que me operaron para extraerme un quiste del ovario... fue un diecinueve de octubre y no lo olvido. Se había inundado Villahermosa unos días antes y la mayor parte del estado también. Mi papá tenía mucho miedo de que mi operación se complicara y

tuvieran que trasladarme en medio de la catástrofe, o que el agua llegara hasta nosotros, así que no quiso depositar el dinero para pagar el cheque del proveedor que tenía pendiente ese día, por si acaso había una emergencia conmigo, prefirió que lo rebotaran...

Dos meses después caminábamos él y yo en Villahermosa viendo aún las marcas del agua en las calles, rumbo al hospital Juan Graham. Íbamos a buscar los resultados de patología: "Tumor benigno". Él se puso a llorar y me abrazó.

No recordaba bien todo eso... Nunca pensé que volviera otra gran inundación, y tan pronto... y sin mi papá...

¿Dónde está la verdad? Me sigo preguntando.

Después me puse a analizar mi sueño. Precisamente había platicado por teléfono y por *chat* aquel día, cuya fecha precisa no recuerdo, pero sé que fue después de la primera semana de noviembre, con los dos amigos que vi en esa frontera, en ese límite. Creo que en mi sueño ellos son representativos de las dos versiones que más circulaban sobre las causas de la inundación. Uno me había dicho que todo se debía al cambio climático, lo cual era responsabilidad de todos; y el otro afirmaba que era culpa del histórico saqueo de nuestro estado. Así que resumí que se trataba de contaminación y corrupción.

Pero era precisamente Carmen, mi analista, quien se dedica a escuchar las vivencias y reflexiones de la gente en su consultorio, era ella quien en mi sueño me decía que corriera. Y lo asocié también con el hecho de que su esposo trabaja en Pemex y podría tener "información privilegiada", pero en principio lo que pienso es que hay una verdad que circulaba por las calles y se sentía en el ambiente, pero no se transmitía por televisión o radio, periódicos o internet... y a la vez sí... Creo que era algo que no tenía que ver con reportes o descripciones, sino con el sentir y el vivir, con las dolencias, con el estupor. Creo que ahí estaba la verdad y quien podía tener ese conocimiento era la gente que se dedicaba a escuchar el sentir de los otros, tal como ella.

Tal vez Carmen no estaba al tanto de las noticias, pero recibía a varias personas al día (yo era una de ellas) y escuchaba fuera del marco de la agitación rumorosa o informativa. Creo que quien escucha en análisis, en psicoanálisis, está cerca de la verdad. Y tal vez no sólo de su verdad, sino

96 también de la verdad que se inquieta en el ambiente... La verdad del otro, la de cada uno, la de los otros... Por eso pienso que la inundación está en otra parte. No sólo en las casas anegadas, y el rumor, y la ayuda voluntaria, y los desplazamientos humanos y las muchas palabras oficiales o controvertidas, las explicaciones o los avisos... independientemente de las cuestiones de la realidad, las estadísticas, la magnitud, los porcentajes, las imágenes impactantes... existe también una fantasía en torno de lo sucedido: cada quien le dio una interpretación muy singular, aunque algunos ni siquiera podrían pensar o hablar sobre ello...

Así pasaba con María, una de las mujeres que yo escuchaba en el albergue. Ella no se daba cuenta de nada, al menos en apariencia. Estar ahí la tenía feliz, en el silencio profundo en el que vive, porque había sido mucho tiempo indigente después de sufrir diversos abusos; y aunque su cuñada, que era la única que se preocupaba por ella últimamente, quería internarla en el psiquiátrico, la inundación las mantenía reunidas a ambas en un salón de la escuela secundaria donde estaban refugiadas. Por eso tengo la impresión de que la “gran tragedia” presentada como tal por la televisión o por la radio, incluso en los *blogs* de internet, de alguna forma en realidad ocultaba, eclipsaba... o mejor dicho: inundaba las otras miles de pequeñas grandes tragedias, las de la vida cotidiana.

Cuando las aguas bajaron visité el centro de Villahermosa de noche (porque durante el día estábamos en los albergues como voluntarios, escuchando a la gente), me bajé del auto y miré todo aquello. Mi mente trataba de encontrar normalidad en la escena que veía: sólo hay lodo seco en las calles, me dije, pareciera una noche normal, los faros encendidos, no hay gente, como suele suceder a altas horas de la noche... Pero de pronto la intensidad del olor desmintió mi añoranza. Cuando miré hacia una esquina entre la avenida Méndez y Bastar Zozaya, vi un perro muerto encalado... y esto nunca lo había podido pronunciar, hasta ahora: era un perro grande, o tal vez demasiado hinchado... me impresionó ver ese animal de nadie... ahogado... ¡¿Qué experiencia, qué ansiedad habrá sentido al morir?!

Hay muerte. A pesar de los discursos oficiales, hubo muerte. Todos lo sabían, todos lo sentían. Batía en el rumor, y no era necesario que fuera verdad. Es decir, la sola existencia de las palabras en todos los tonos posibles y su contagio veloz, generaban la otra realidad: la de la interioridad de cada

uno, la de esa extraña sensación de sospecha que no indica solamente la posibilidad real, sino también la situación moral, emocional, subjetiva...

No creo que, por negarlo, el dolor se haga menos. Incluso pienso que la “negación oficial” de los muertos, si es que la hubo deliberadamente con el fin de impedir una exigencia de cuentas mayor o un gran descontrol social, precisamente desató con más furia el rumor. Así es, de cualquier forma nunca estamos lo suficientemente preparados para la verdad.

Me sentía decaída y triste. No me había percatado de la intensidad de mi desgano porque tenía muchos pendientes a los cuales debía responder: mi trabajo en la universidad, mis estudios, mi familia... En aquellos momentos pensaba que tenía que actuar con toda mi voluntad y mi conciencia. Pero después perdí el interés en muchas cosas. Quería olvidarme del mundo, recuperar el aliento, descansar de tanta incertidumbre.

La inundación llegó cuando me encontraba triste porque la relación con mi novio desde unos meses antes estaba terminando. Los días de “la contingencia” aceleraron la ruptura, aunque no hablábamos de eso. Me pesó demasiado que, cuando se hablaba de huir, en los días álgidos, lo primero que él pensó fue irse a Veracruz con su familia... Claro, él sabía que de alguna forma yo estaba a salvo en mi pueblo. Pero me estaba dejando... Ninguno de los dos estábamos a gusto. Y ambos estábamos decididos a separarnos. Esa pérdida me dolió mucho y así estuve en duelo gran parte de este año... por eso quería enamorarme de nuevo, y lo hice, creo... Pero mi nuevo amor lejano (porque vive en otro lugar), me traía tan embobada por cartas y añoranzas que llegué a sentir que su recuerdo me impedía actuar con prontitud en “la nueva tragedia” que se cimbraba en septiembre de este año: la inquietud por los asesinatos, las amenazas de secuestros y la evacuación por nuevas inundaciones, todo eso que evocaba lo vivido el año pasado y actualizaba la tensión nerviosa... Pero ni mis clases ni mis escritos se lo graban producir fuera de la mágica enajenación en la que ahora me encontraba. No podía observar ni pensar nada. Me sentía viviendo en una realidad paralela. Con relación al año pasado, en que habíamos tenido la fuerza para escuchar en los albergues, ahora me sentía entumida y sin capacidad de reacción, aletargada en el recuerdo y la nostalgia... con el deseo de estar en otro lugar... y a la vez no, pues de nuevo con la duda: ¿cómoirme así?

Cuando hablaba con Carmen lamentándome de que el amor no me permitiera responder ante la tragedia que solicitaba mi acción y empeño como voluntaria en esta nueva ocasión, ella me interrumpió, subrayando mi declaración, para decirme que precisamente el amor era lo que me mantenía fuera de la tragedia...

Y fue así, una historia interior me retraía de la realidad demasiado real que ya invadía todos los espacios. ¡Qué sorpresa! Seguro que así funciona la vida del espíritu, o del alma; la de los pensamientos y los deseos... Por eso digo que la inundación, por encima del gran acontecimiento real, está en la vivencia interior de cada uno, está en otra parte...

*Rosario Méndez Baun*

*Analizante*